

EN EL JARDÍN TAMBIÉN
CRECEN ESPINAS

Cuentos pesimistas Vol. II

Coordinadores:
Fernando Burgos & Daniel Cortés

En el jardín también crecen las espinas

Cuentos pesimistas Vol. II

Fernando Burgos y Daniel Cortés

*Biblioteca
pesimista*

En el jardín también crecen las espinas

Primera edición, 2026

© 2026 de los cuentos: sus respectivos autores.

© 2026 de la introducción: Fernando Burgos y Daniel Cortés.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o transmitirse por ningún medio sin la autorización correspondiente, salvo los usos permitidos por la legislación aplicable.

ISBN: 9798176039245

Edición preparada para impresión bajo demanda.

Índice

Introducción	I
<i>Fernando Burgos y Daniel Cortés</i>	
El bosque que olvidó que existía el Sol	3
<i>Marcelo Betanzo Hernández Chile</i>	
Laila y Salim ven y no ven	II
<i>Gerardo Daniel Jiménez México</i>	
La mala costumbre de recordar	19
<i>Elizabeth Guadalupe Rojas Estrada México</i>	
Tres mil tardes y un recado	27
<i>Daniel Cortés México</i>	
El encorvado	31
<i>Árah Valenz México</i>	
El Meón	37
<i>Rubén Nessim México</i>	
El jardín de las cosas que faltan	51
<i>Fernando Burgos México</i>	

Introducción

Fernando Burgos y Daniel Cortés

La convocatoria de la que nació este libro tenía, al principio, una condición bastante clara: buscábamos cuentos infantiles que se acercaran al pesimismo sin convertirse en una clase de filosofía. Pensábamos en historias capaces de hablar de la pérdida, el deseo, la muerte o la frustración con los recursos del cuento. Cuando llegaron los textos, sin embargo, esa idea inicial empezó a deshacerse sola. Algunos podían leerse desde la infancia, sí, pero otros llevaban demasiado lejos sus preguntas y sus imágenes como para llamarlos, sin más, cuentos infantiles. No había mucho sentido en forzarlos a volver a una categoría de la que ya se habían salido.

Tampoco quedaron por completo del otro lado. No son, en toda la extensión de la palabra, cuentos para adultos. En casi todos permanece algo de aquella primera intención: niños como protagonistas, animales, sueños, bosques, jardines, pueblos imaginarios, objetos extraños y situaciones que recuerdan a la fábula. La diferencia está en lo que esos elementos terminan cargando. Hay desapariciones, enfermedad, duelo, violencia, obsesión y preguntas sobre el no-ser o sobre lo que significa seguir viviendo. Por eso preferimos reunirlos tal como quedaron: en un punto intermedio, sin decidir de antemano la edad exacta de quien debe leerlos.

“El bosque que olvidó que existía el Sol”, de Marcelo Betanzo Hernández, abre ese territorio con Eleara, una niña que vive en Dämmerung, un pueblo donde la tristeza parece haberse vuelto costumbre. La desaparición de sus padres, el silencio de su abuela y una pequeña caja negra la llevan hacia un bosque en el que aquello que no puede decirse adquiere forma. En “Laila y Salim ven y no ven”, de Gerardo Daniel Jiménez, dos hermanos conocen el mundo de maneras distintas; un sueño y la promesa de un río los conducen al desierto, donde la esperanza empieza a confundirse con el peligro.

“La mala costumbre de recordar”, de Elizabeth Guadalupe Rojas Estrada, se acerca a una violencia mucho más reconocible: en San Juan Colón las personas desaparecen y los demás aprenden a no pronunciar sus nombres. Inés se resiste a ese borramiento. “Tres mil tardes y un recado”, de Daniel Cortés, lleva el libro a una escala más íntima: la muerte de Tobías

obliga a dos hermanos a enfrentarse con una pregunta simple y difícil a la vez: si todo afecto nos expone a la pérdida, ¿haber querido sigue valiendo la pena?

En “El encorvado”, de Árah Valenz, el deseo aparece ligado a la creación artística. Amaranto quiere escuchar y ejecutar una música extraordinaria, pero aquello que parecía un don termina convirtiéndose en una condena. “El Meón”, de Rubén Nessim, enfrenta a un niño con el descubrimiento de la muerte y, desde ahí, con la filosofía, el sufrimiento, la compasión y la posibilidad de no haber existido. Finalmente, “El jardín de las cosas que faltan”, de Fernando Burgos, acompaña la vida de Simón por medio de una planta en la que cada deseo deja una espina y algunas satisfacciones producen flores que, tarde o temprano, desaparecen.

No hay una doctrina común detrás de estos cuentos, y tampoco una moraleja que queramos imponerles. Lo que los reúne es, más bien, la decisión de no esconder ciertas experiencias: perder, desear, frustrarse, enfermar, recordar, despedirse. Junto a ellas aparecen también la amistad, el cuidado, el arte y pequeñas formas de alivio que no borran el dolor, pero a veces ayudan a atravesarlo. Quizá por eso el libro terminó quedándose justamente ahí, entre la infancia y la edad adulta: porque las preguntas que contiene tampoco pertenecen por completo a una sola edad.



El bosque que olvidó que existía el Sol

Marcelo Betanzo Hernández | Chile



En un valle tan profundo que el sol lo visitaba dos horas al día —y eso, en los días más generosos del verano— existía un pueblo llamado Dämmerung, que en la lengua antigua de aquella región significaba algo entre “crepúsculo” y “nunca del todo despierto”. Las casas de Dämmerung no tenían ventanas orientadas al este, porque los albañiles habían olvidado, generaciones atrás, para qué servían.

Los niños de Dämmerung no jugaban a la rayuela ni al escondite. Jugaban a algo llamado “Quien puede quedarse más tiempo quietecito”, un juego donde ganaba el que menos se movía, menos respiraba, menos demostraba que estaba vivo. Los adultos lo consideraban un juego excelente, pues preparaba a los pequeños para la vida que les esperaba: largas jornadas en las minas de carbón que se extendían bajo el pueblo como raíces podridas de un árbol caído hacía milenios. En Dämmerung, la tristeza era el clima que respiraba todo su poblado.

Eleara tenía siete años. Aunque su manera de mirar, fija, sin parpadear, como si el mundo le debiera una explicación que nunca llegaba, hacía que algunos vecinos juraran que llevaba siglos esperando. Vivía con su abuela, una mujer que había dejado de hablar el día en que los padres de Eleara no regresaron de la mina. No significaba esto último que estuvieran muertos, lo cual habría sido demasiado simple. Habían desaparecido, una palabra peor que la muerte en Dämmerung, porque la desaparición dejaba el espacio lleno de preguntas, y las preguntas pesaban más que los cuerpos.

La abuela de Eleara no hablaba, pero tenía una caja. Era una caja de madera negra, del tamaño de un corazón de pájaro, con una cerradura que no tenía llave. “Los sonidos que no se atrevieron a ser palabras van ahí”, le había dicho la abuela a Eleara una vez, en sus últimas palabras antes del silencio permanente. Y desde entonces, Eleara alimentaba la caja y su contenido.

Daba alimento a la caja con el crujido de los huesos de la abuela al levantarse por la mañana. Con el silencio de la mesa donde tres platos esperaban y solo dos comían. Con el sonido de sus propios pasos en el camino a la escuela, donde la maestra enseñaba que el mundo era redondo y bueno y que detrás de cada nube había un sol sonriente, mentiras tan grandes que Eleara sentía como la caja de su pecho vibraba de hambre.

Una noche de noviembre (que en Dämmerung duraba seis meses) Eleara descubrió que la caja había dejado de cerrar.

Eleara supo que debía llevar la caja a algún lugar donde los sonidos perdidos pudieran descansar. En el pueblo no fue una decisión en primer momento, dado que en este lugar el silencio era tan opresivo que cualquier sonido lo rompería. Necesitaba ir más allá, al lugar que los adultos mencionaban en susurros cuando creían que los niños no escuchaban: el bosque de las manos quietas.

Estaba al otro lado del cementerio, donde las lápidas no tenían nombres porque en Dämmerung se consideraba vano recordar a los muertos. Eleara cruzó el cementerio a medianoche. En este pueblo, la medianoche apenas era un poco más oscura que el mediodía, y la diferencia no le pareció significativa como para expresar valentía en esa decisión.

El bosque no tenía senderos. Tenía ausencias de árboles que formaban pasillos naturales. Los que sí existían eran altos, tan altos que sus copas desaparecían en una oscuridad que no parecía provenir del cielo, sino de las propias ramas. Y están quietos.

En el centro del bosque, Eleara encontró una casa.

La casa era de color caramelo, pero no el caramelo brillante y colorido de los cuentos alegres. Era de caramelo quemado, de ese color ámbar oscuro que se forma cuando el azúcar se olvida en el fuego y decide que ya no quiere ser dulce. Las ventanas eran de cristal de azúcar, pero estaban empañadas por dentro. Como si alguien hubiera respirado contra ellas durante siglos.

La puerta se abrió antes de que Eleara tocara.

Dentro no había bruja aparente. Eso habría sido reconfortante, porque las brujas, al menos, tienen reglas. Dentro había espejos. Cientos de espejos de todos los tamaños, cubriendo cada pared, cada techo, cada superficie. Pero ninguno reflejaba a Eleara. En cada espejo había una escena.

En uno, una niña muy parecida a Eleara, pero con los ojos más vacíos, caminaba por un campo lleno de flores que se marchitaban a medida que sus pies la tocaban. En otro, la misma niña se hundía en un lago de agua negra, y sonreía mientras se hundía. En un tercero, la niña estaba sentada en una mesa con sus padres, pero los platos estaban llenos de tierra, y todos (los niños, los padres, la mesa) se desmoronaban lentamente en polvo.

—Son los espejos de lo que no pudo ser —dijo una voz.

La voz provenía de un espejo, que, a diferencia de los otros, estaba roto. En sus fragmentos, Eleara a diferencia de las escenas anteriores, vio un rostro, el rostro de una mujer joven, con los mismos ojos de Eleara, pero con algo más, una especie de alivio como quien ha dejado de esperar algo que nunca iba a llegar.

—¿Quién eres? —preguntó Eleara.

—Soy la que fui antes de que tú fueras —dijo la mujer—. Soy la niña que no aprendió a guardar los sonidos en cajas. La que gritó tanto que el bosque la escuchó y la trajo aquí. No para comérsela. Para que la escuchara.

—¿Y qué te dijo el bosque?

La mujer en el espejo roto sonrió, y fue la sonrisa más triste que Eleara había visto, porque era sincera.

—Que el dolor que había querido entrar nunca se había ido —dijo—. Que se había convertido en el silencio del bosque. En la quietud de los árboles.

La mujer del espejo, en ausencia de nombre —que tal vez había olvidado, o consideraba que los nombres eran otra forma de mentira— guió a Eleara a través de un pasillo que no estaba en la casa cuando Eleara entró. Los espejos se hacían más pequeños, más rotos, hasta que el pasillo terminó en un jardín. Pero era un jardín al revés.

Las flores no crecían hacia el sol. Crecían hacia abajo, sus tallos blancos y frágiles ascendiendo desde la tierra, y sus cabezas coloridas —púrpuras, azules profundos, negros que brillaban como el ala de un cuervo— sumergiéndose en la tierra oscura.

Eleara se arrodilló junto a una flor del color de la caja de madera negra. Al tocar un pétalo escuchó un sonido: el llanto de alguien recién nacido que ya sabía que el mundo no era lo que le habían prometido. Sintió que la caja en sus manos se abría un poco más,

y por primera vez no quiso cerrarla. Entre las raíces corría un hilo de agua oscura donde flotaban nombres que se desvanecían apenas los tocaba la corriente; en uno de ellos reconoció el suyo que se diferenciaba del que usaba en el pueblo, tenía más antigüedad, sonaba como el viento entre los árboles quietos del bosque.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó Eleara.

La mujer del espejo —que ahora Eleara veía más claramente, y sabía que no era una mujer diferente de sí misma, pero en una edad avanzada. Eleara era vista desde un tiempo que todavía no le pertenecía— negó con la cabeza.

—El bosque no es un lugar para permanecer.

En el corazón del bosque estaba el árbol más grande que Eleara había visto. No tenía hojas. Tenía velas. Cientos de velas encendidas en sus ramas, pero las ramas no emitían luz. Emitían sombras, sombras tan densas que Eleara podía tocarlas, y eran frías, y estaban húmedas.

—Este es el Árbol de las Voluntades Quietas —dijo la mujer, y su voz era ahora tan suave que Eleara la escuchaba más con el pecho que con los oídos.

Eleara vio que entre las velas había figuras. Pequeñas, del tamaño de muñecas, pero vivas. Eran niños, o lo que quedaba de ellos. Algunos tenían los ojos cerrados. Otros, abiertos, pero mirando hacia adentro. Uno, el más pequeño, tenía los ojos abiertos y miraba directamente a Eleara.

—No murieron —dijo la mujer—. No exactamente.

Eleara sintió que la caja en sus manos abría completamente. Los sonidos salieron. Como un suspiro largo, un exhalar que duró minutos, horas, años. Los sonidos de su abuela levantándose. Los sonidos de los tres platos. Los sonidos de sus pasos en el camino a la escuela. Los sonidos de todas las veces que había querido gritar y que había sonreído en su lugar. Los sonidos no se perdieron en el bosque. Se convirtieron en un viento entre la quietud de los árboles. En el crujir de las velas del árbol. En el murmullo del río de los nombres olvidados.

Y Eleara sintió algo que no había sentido nunca: alivio.

La mujer del espejo se despidió con un gesto, más que con palabras. Le entregó a Eleara una semilla. Era negra, del

tamaño de un grano de arena, y pesaba lo que pesa una montaña pequeña.

—Es la semilla de la voluntad quieta —dijo la mujer—. No la plantes si buscas alegría. Da sombra, y a veces la sombra es suficiente.

Eleara quiso preguntar cómo. Quiso preguntar si volvería. Quiso preguntar si sus padres que desaparecieron habían pasado por el bosque. Pero la pregunta se disolvió en su boca, porque de repente supo que las preguntas que importan no tienen respuesta.

Cuando salió del bosque, el cementerio estaba igual. El pueblo estaba igual. La abuela estaba en la puerta de la casa de la última calle, y por primera vez en años, sonrió. Una sonrisa de reconocer, como quien ve en otro rostro el mismo peso que carga.

Eleara guardó la caja vacía bajo su cama.

Los días siguientes fueron iguales que los anteriores. La escuela seguía enseñando que el mundo era redondo y bueno. Los vecinos seguían jugando a quedarse quietos. Las minas seguían tragando padres y madres, devolviendo a veces, silencio. Pero algo había cambiado, aunque nadie más lo notara.

Eleara ya no alimentaba la caja. Ahora, cuando sentía que un sonido se atascaba en su garganta —un grito, un llanto, una pregunta demasiado grande para su edad—, no lo guardaba. Lo dejaba salir, salir más allá del pueblo, en sus paseos por el cementerio, donde las lápidas sin nombre eran buenas oyentes. En su habitación, donde las sombras no juzgaban. En sus conversaciones con la semilla, que guardaba en el bolsillo y que, a veces, en las noches más sombrías, sentía que vibraba con una promesa silenciosa.

Una mañana de noviembre que duró menos de lo habitual, Eleara encontró algo en la caja vacía. Era una vela. Pequeña, negra, sin llama. Pero cuando Eleara la tocó sintió que estaba húmeda, como si alguien la hubiera empapado en lágrimas. Y supo, con ese lugar debajo de las costillas donde viven las certezas, que la vela se encendería algún día. Prescindiendo del fuego. Con la clase de luz que emiten las sombras.

Una noche, muchos años después de su primera visita, Eleara volvió al bosque.

Los árboles estaban igual de quietos. El río seguía llevándose nombres. El árbol de las velas seguía sin dar luz. Pero ahora, entre las figuras del tamaño de muñecas, había una nueva. Una mujer joven, con los ojos de Eleara, que no sonreía, pero tampoco lloraba. Que simplemente estaba, en la quietud más honesta que existe. Eleara reconoció en su gesto el mismo silencio de la mujer del espejo, tantos años atrás, y comprendió que el bosque no guardaba una sola versión de cada persona, abrazaba todas las que había estado a punto de ser.

Eleara se sentó junto al árbol. Sacó la semilla del bolsillo. La miró. Y por primera vez en décadas lloró. Llanto que emergió por algo que no tiene nombre en ningún idioma.

¿Plantó la semilla? El bosque guarda silencio sobre eso. Algunos dicen que, si caminas por el cementerio en una noche de noviembre, cuando la niebla golpea las puertas pidiendo permiso, puedes ver una luz entre los árboles. Una luz que acompaña. Una luz que dice “Estoy aquí, en la oscuridad contigo, porque la oscuridad también es un lugar donde se puede estar”.

Y otros dicen que Eleara nunca salió del bosque. Que sigue ahí, sentada junto al árbol de las velas.

Laila y Salim ven y no ven

Gerardo Daniel Jiménez | México





Laila y Salim eran dos hermanos: tenían seis y siete años y vivían a las orillas de un país que hace mucho tiempo ya no existe. Salim nació ciego, y que no pudiera ver daba mucha tristeza a su familia.

Cuando su hermana Laila nació al año siguiente, sus papás estuvieron muy contentos de que ella sí pudiera ver, y la niña se volvió la guía y compañía principal de su hermano Salim. Jugaban juntos y ayudaban en su casa con los quehaceres que podían.

Un día, Salim soñó que en el camino a la escuela se encontrarían con un racimo de cerezas, fruto raro donde ellos vivían, pues su casa se encontraba a unas cuantas horas del desierto donde ya no había nadie.

Salim había probado las cerezas solo una vez, cuando una lejana tía los había visitado por las fiestas, y le habían gustado mucho.

Cuando Laila escuchó el sueño de Salim no le prestó mucha atención, porque su hermano le contaba siempre sus sueños, y ella también le contaba a él los suyos, y se había acostumbrado ya a la forma en que los sueños de Salim estaban hechos de sonidos, sabores y sensaciones, mientras que los suyos estaban llenos de colores e imágenes muy distintas.

Pasaron dos o tres días. Laila y Salim ya habían olvidado el sueño cuando una mañana, camino de la escuela, Laila vio un racimo de rojas cerezas amarradas con un cordón a la rama de un arbolito sin hojas, porque cuando llega el invierno las hojas se van.

Al ver las cerezas colgando del árbol, Laila se emocionó mucho.

—¡Mira, Salim, unas cerezas! ¡Como en tu sueño! —gritó la niña mientras salía corriendo hacia el árbol donde colgaban las cerezas. Salim se detuvo asombrado, y no dijo nada. Un cuervo estaba parado sobre la rama, inclinando su cabeza hacia abajo para alcanzar con su pico las cerezas.

Su mamá le gritó a Laila que volviera, pero la niña no la escuchó, se trepó alegre al árbol, el cuervo salió volando y, cuando se agarró de la rama donde colgaban las cerezas, esta se rompió, y la niña y las cerezas cayeron al suelo.

Laila se levantó riéndose, recogió las cerezas del suelo, y regresó corriendo con su mamá y Salim.

—¡Miren, miren, ya sólo hay que lavarlas! —gritó, mientras su mamá continuaba regañándola por no fijarse y haberse caído, pero Laila no la escuchaba, y le pasó a su hermano el racimo de cerezas para que el niño las sintiera. Salim las fue recorriendo una por una como las cuentas de un collar que no empieza ni termina nunca.

Antes de entrar al salón, Laila guardó el racimo entre sus cosas, y acordaron con Salim no contarle a ningún otro niño, ni a su maestro, sobre el sueño ni las cerezas, y esperar a regresar a casa para lavarlas y compartirlas.

Más tarde, cuando ya estaban de vuelta en casa comiéndose las cerezas, Laila y Salim platicaron mucho sobre los sueños, y sobre cómo muchas veces no los recordaban, por lo que tal vez habían tenido sueños que revelaban cosas futuras, y que ellos olvidaron. ¿Qué cosas valiosas pudieron haber perdido sólo por no acordarse?

A partir de ese día, decidieron llevar un diario de sueños, pero era difícil porque cuando se despertaban casi siempre ya era tarde para ir a la escuela, y no les daba tiempo de recordar, platicar y escribir sus sueños.

Una noche, Laila soñó que su mamá la regañaba y ella salía corriendo, riéndose y después con miedo, porque se había alejado tanto que ya no veía su casa, quería volver sobre sus propios pasos, pero su casa no aparecía de nuevo en el horizonte.

Asustada, Laila caminaba sin fijarse ya por dónde iba hasta que a lo lejos vio un río, pensó que si seguía el mismo camino del río eventualmente se encontraría con gente que podría ayudarle a volver a su casa, pero primero se detendría para beber algo de agua, porque con el miedo y la caminata le había dado mucha sed.

Cuando estaba bebiendo agua del cuenco de sus manos, escuchó a Salim que le gritaba.

—¡Lai! ¡Lai, regresa, te está hablando mi mamá!

—¡Salim! ¡Cómo me encontraste? —respondía Laila contenta, juntando agua con sus manos y arrojándosela a su hermano en la cara para jugar.

—¡Oye no! —se quejaba Salim mientras su hermana seguía salpicándolo de agua, feliz de haberlo encontrado.

Mientras Salim se secaba el agua con las manos, parpadeó un poco detrás de sus dedos y se dio cuenta de repente de que podía ver.

—¡Laila, mira, puedo ver! —gritó Salim mientras se agachaba para esquivar el agua que le arrojaba su hermana y, arrancando un puñado de hierba del suelo, se le acercó—. Mira, esta hierba es verde como la gente que nos ve en la calle y no nos conoce, y la blusa que llevas es apenas un poco más clara que el cielo a esta hora.

Laila se despertó de repente, y vio que todavía era de noche. Escuchó la respiración dormida de Salim en la oscuridad, alcanzando a distinguir un poco su rostro. Quiso levantarse cuidadosamente para escribir el sueño en el cuaderno que habían apartado para eso.

Pero hubiera tenido que sacarlo del cajón, buscar un lápiz entre sus cosas de la escuela, y prender una vela. Se sentó un rato a orillas de la cama, y después volvió a acostarse, decidida a que ese sueño simplemente no podía olvidársele. Después volvió a dormirse y ya no soñó nada más.

A la mañana siguiente, Laila estuvo muy callada porque quería esperar a estar sola con Salim para contarle su sueño.

En la entrada de la escuela, los hermanos se mezclaron con la muchedumbre de los otros niños, y allí Laila aprovechó para separarse de los demás junto con su hermano, asegurándose de que su mamá ya no estuviera a la vista.

—Nos van a cerrar la puerta, Lai, hoy no quisiera jugar a escaparnos —dijo Salim.

—No, Sal, no es eso.

—Siempre nos regañan por tu culpa.

—No, pero es que esta vez es importante, anoche soñé que veías.

—Me platicas después.

—No, Salim, pero es que creo que es como tu sueño de las cerezas.

—¿Por qué?

—Porque es un sueño que dice el futuro, mira, soñé que había un río, yo me perdía y llegaba a un río, y después tú me encontrabas, y yo te mojaba, y cuando te mojaba tú podías ver, pero era un río que estaba por aquí, tenemos que ir a buscarlo.

—Yo nunca he escuchado ningún río.

—Pero lo debe haber, tal vez sea un río nuevo, que apenas nació.

—No, yo no creo.

—Bueno, te acompaño, pero solo un rato y después yo me regreso a la escuela —dijo Salim.

Caminaron alejándose de la escuela, bordeando un pequeño mercado a las orillas del pueblo donde algunos comerciantes ya estaban acomodando su mercancía. Un perro flaco, de esos que siempre rondaban los puestos esperando algo de comer, empezó a seguirlos de cerca, oliendo los talones de Salim. El niño lo escuchaba respirar y trotar detrás de ellos, pero no le dio importancia, pues los perros del mercado nunca hacían nada. Un poco más adelante, el primer perro se encontró con otros dos que dormitaban a la sombra de un puesto, y los tres empezaron a caminar juntos detrás de los niños, ladrando cada vez más fuerte. De algún lado apareció un cuarto perro, y luego un quinto, y lo que antes había sido solo un animal siguiéndolos de cerca se había convertido, sin que los niños entendieran bien cómo, en una jauría entera que les ladraba y les enseñaba los dientes. Laila y Salim echaron a correr agarrados de la mano, alejándose del mercado y del pueblo, sin fijarse hacia dónde, hasta que los ladridos se quedaron atrás y ya no había nada alrededor más que el silencio y el calor del desierto.

Laila y Salim comenzaron a caminar. Durante un rato, Salim intentó convencer a Laila de que regresaran, pero conforme su hermana le platicaba más y más acerca de su sueño, al niño comenzaba a ganarle la esperanza. ¿Qué tal si era verdad? ¿Qué tal si en verdad había un río que pudiera darle la vista? ¿Qué tal si a partir de ese día podía empezar a ver las cosas que hasta entonces sólo se había imaginado? ¿Sería el cielo como él se lo había imaginado? ¿Cómo sería realmente el rostro de Laila y de su mamá?

Laila caminaba muy contenta con su hermano, iba platicando con él acerca de todas las cosas que podrían hacer una vez que recuperara la vista: podrían dibujar juntos, jugar juntos a la pelota, cazar insectos, y quién sabe cuántas cosas más.

La niña se volteaba de vez en cuando y veía cómo el pueblo se iba haciendo cada vez más pequeño, pero no le daba miedo. Siempre les habían dicho que el desierto es peligroso, habían escuchado muchas historias sobre cómo la gente muere de sed en el desierto, y comienza a ver cosas que en realidad no están.

A Laila no le preocupaba ninguna de estas cosas porque, una vez en el río, podrían beber agua y jugar un rato y regresar a casa por la tarde, cuando el calor ya no fuera tan fuerte.

—¿Sabes por dónde es? —preguntó Salim.

—Sí, bueno, es que en mi sueño me perdía —respondió Laila.

—Creo que ya estamos perdidos —dijo Salim, y su hermana vio que el pueblo ya había desaparecido en la distancia.

—Entonces ya casi llegamos, ya debe ser cerca.

Siguieron caminando un buen rato, pero llegado el mediodía el calor se volvió demasiado fuerte, y los niños comenzaron a asustarse, tenían mucha sed y el río no se veía por ninguna parte.

Al caminar, Laila vio una serpiente, pero sólo comenzó a caminar en una dirección distinta, sin decirle nada a Salim para no asustarlo. De repente, Laila creyó ver el río.

—¡Mira, Salim, ahí está el río! ¡Vamos! —gritó la niña agarrando a su hermano de la mano para correr.

—¡Yo no oigo ningún río! —dijo Salim mientras iba corriendo temeroso detrás de su hermana.

Corrían sin detenerse, pero lo que Laila veía se mantenía igual de lejos, sin importar cuánto avanzaran. Iban tan rápido que Salim se tropezó con una piedra, cayó al suelo y se puso a llorar. La arena estaba tan caliente que, al intentar detener la caída con las manos, se quemó.

Laila no sabía qué hacer. Ayudó a su hermanito a levantarse y le insistió en que siguieran caminando, pero Salim, llorando, le decía que mejor dieran la vuelta, que mejor buscaran a su mamá. Laila sabía que si volvían a casa sin haber encontrado nada, se meterían en muchos problemas —si es que lograban llegar—, porque fue sólo en ese momento que a la niña se le pasó por la

mente la posibilidad de que la arena y el calor no los dejaran salir nunca.

Se había imaginado que podrían volver siguiendo el surco de sus huellas en la arena, pero al mirar con cuidado el suelo, vio que había desaparecido, no quedaba ni una sola línea del recorrido que habían hecho. Laila también quiso llorar, pero se aguantó, aunque Salim podía escucharla respirar como la gente cuando llora.

Los niños se habían quedado de pie mucho tiempo, Laila buscaba un árbol o una sombra donde pudieran refugiarse del sol, pero no vio nada ni a nadie. Sólo sentía el intenso calor y la desesperación.

Se dio la vuelta, pero al hacerlo ya ni siquiera sabía si estaba mirando hacia atrás. Todo se veía igual. ¿Qué tal si creían regresar cuando en realidad se adentraban más en el desierto? ¿Dónde era atrás y dónde adelante?

Laila lloraba silenciosamente, mientras Salim la escuchaba, triste y desesperado, aunque ya no sentía ganas de llorar. ¿Para qué todo esto, después de todo? Poder ver... ¿Pero qué es la luz y la oscuridad al fin y al cabo? Tomó el brazo de su hermana y luego lo soltó.

Aunque estuviera allí junto a ella, sentía que estaba al otro lado de un puente que Laila no iba a poder cruzar nunca, y ella también estaba al otro lado de otro puente que él tampoco cruzaría jamás. Pero el puente no tenía piso, ni barandal, ni piedra: era solamente la distancia entre esas dos orillas, y una distancia no se cruza si no hay nada que pisar. Por eso había podido tomar el brazo de su hermana.

—Es que ya no sé a dónde ir, ya no se ve nada —dijo Laila, lamentándose.

—El aire nos está pegando en la espalda, entonces hay que caminar de forma que nos pegue en la cara, así estaríamos yendo del otro lado —respondió Salim, habiendo recuperado la compostura.

Caminaron en la dirección que ellos creían que era la opuesta, con la arena volando hacia sus narices, sus labios y sus ojos. Recordaban que, en las semanas cuando su padre volvía de trabajar en la ciudad, lo habían escuchado decir que cuando se está perdido en el desierto, es muy peligroso quedarse en un solo lugar, detenerse a descansar puede ser mortal. Ambos niños

recordaban esto y siguieron caminando, aunque el sol y las dunas los derribaban, cada vez con más frecuencia, hasta que llegó el punto en que avanzaban lentamente de rodillas, y hasta que los dos se quedaron acostados en la arena.

Laila tenía los ojos entrecerrados en el suelo, y veía cosas que no sabía si eran reales o no, si iban pasando muy lentamente o muy rápidamente. A lo lejos veía un desfile, un carnaval, y escuchaba una distante música y muchas voces. Después una figura que se aproximaba a ellos, llevando una negra máscara de hiena con ojos escarlata, que los veía muy de cerca y después se iba.

Salim seguía preguntándose: ¿Qué es la luz y la oscuridad a todo esto? ¿Para qué todo esto? El gran desierto que los rodeaba era como la sensación de calor que tenían cuando mamá encendía en casa el fuego, pero muchísimo peor. ¿La gente que ve las luces también tiene calor siempre? ¿Podría yo vivir así siempre? Poco a poco empezó a preguntarse si todo eso estaba pasando realmente. ¿Laila existía? ¿O era solo Salim que se la había inventado para sentir que tenía una compañía que podía ver lo que él no? ¿Era él también real? ¿O era él sólo unos sonidos y sensaciones que iban cruzando un gran espacio donde no hay nadie?

Laila comenzaba a sentir que había con ellos un tercer niño. ¿Tenían acaso otro hermano? ¿O era un compañero de la escuela que los acompañó y se perdió? A veces, creía escuchar el rumor de un río, pero era solo por unos segundos y después desaparecía.

Por momentos, una mosca se posaba en los labios y los párpados de los niños, pero ellos ya no tenían fuerzas para espantarla. Eventualmente un hombre y su hijo encontraron a los niños tirados en la arena. Regresaban al pueblo en motocicleta, y los vieron a lo lejos. Los recogieron y los despertaron vertiendo en sus labios agua de sus cantimploras. Los acomodaron a los dos en medio de la motocicleta. Laila y Salim sólo sentían que avanzaban muy rápido. Laila entreveía una diminuta nube, que se imaginaba era una familia caminando en el cielo; un árbol lleno de oropéndolas; un espejo roto; un charco de agua donde saltaban unos niños.

De repente, Salim escuchó los balidos de las cabras, los ladridos de los perros, y los cacareos de las gallinas, y una luz se encendió en su pecho. Laila vio unas velas a través de unas ventanas que sabía que había visto antes, y cerró los ojos, mientras la motocicleta se adentraba en el pueblo.

La mala costumbre de recordar

Elizabeth Guadalupe Rojas Estrada | México

SIEMPRE
HAY OTRAS
PUERTAS



Algunas
amistades
nunca se
borran





En el pueblo de San Juan Colón estaba mal visto despedirse. No era una ley escrita porque las leyes escritas podían ser leídas por los niños y los adultos de San Juan desconfiaban mucho de los niños que leían demasiado. Tampoco era una orden del comisariado ejidal ni una regla de la escuela. Era algo más antiguo y más terco: una costumbre.

Cuando alguien se marchaba, nadie decía adiós. Se decía “ya veremos”, “al rato”, “que les vaya bonito”, “nos estamos hablando”, pero nunca “adiós”. La palabra estaba considerada de mal gusto, como meterse el dedo en la nariz o preguntar por qué el señor de la tienda bajaba la cortina cada vez que pasaba una camioneta sin placas.

En San Juan, las personas desaparecían de maneras muy ordenadas. Un día estaban y, al día siguiente, sus nombres se habían vuelto incómodos. Sus casas amanecían con las ventanas cerradas. Sus plantas se secaban sin que nadie las regara. Sus perros eran adoptados por parientes lejanos. En la escuela, los pupitres vacíos se retiraban antes de la primera clase, como si una silla sin niño fuera una enfermedad contagiosa.

Los adultos decían que lo hacían por el bien de todos.

—No hay que remover las cosas —decían.

—No hay que ponerse tristes por lo que no se puede arreglar —decían.

Y como los adultos repetían mucho esas frases, los niños aprendieron a tragarse los nombres.

Todos, menos Inés.

Inés tenía once años, dos trenzas desiguales y la mala costumbre de guardar cosas: boletos de camión, tapaderas de refresco, envolturas de mazapán y hojas secas que, según ella, todavía tenían algo que decir.

Su mejor amiga se llamaba Nadia. Detestaba las paletas de limón porque decía que sabían a medicina; prefería las de

tamarindo. Cuando se reía demasiado, la risa siempre acababa con hipo. Inés se burlaba de ella y Nadia se vengaba diciendo que sus trenzas parecían dos colas de ratón mojadas.

Una vez, después de una de esas burlas, se enojaron de verdad. Estuvieron tres días sin hablarse e Inés decidió que no volvería a dirigirle la palabra nunca más. Al cuarto día encontró una paleta de tamarindo sobre su pupitre y, en el recreo, volvieron a sentarse juntas.

Nadia dibujaba casas con muchas puertas. Casas con puertas grandes, puertas pequeñas, puertas secretas, puertas escondidas detrás de cortinas, puertas que daban a mares, puertas que daban a montañas, puertas para escapar de los domingos y puertas para regresar los martes.

—¿Por qué todas tus casas tienen tantas puertas? —le preguntó una vez Inés.

Nadia mordió la punta de su lápiz verde.

—Por si una se cierra.

La última tarde que jugaron juntas, el cielo tenía un amarillo extraño. Doña Neto decía que era amarillo de susto.

—Nos vamos unos días —dijo Nadia.

—¿A dónde?

Nadia miró hacia la calle, donde avanzaban dos camionetas con vidrios oscuros. En San Juan, cuando una camioneta iba así, las señoras dejaban de barrer, los perros dejaban de ladrar y los hombres fingían revisar sus celulares.

—Lejos —dijo Nadia.

Inés quiso preguntar si lejos era antes o después de la capital, si quedaba del lado donde vivía su tía o del lado desde donde salían las malas noticias. Pero la mamá de Nadia hizo una seña, una seña pequeña y rápida, como si el aire tuviera orejas. Entonces Nadia metió la mano en su mochila y sacó una piedra blanca, lisa, partida por una línea gris.

—Es una piedra con cicatriz —dijo—, para que no se te olvide.

Inés la recibió con cuidado.

—¿Qué cosa?

Nadia abrió la boca, pero no respondió y caminó hacia su madre. Luego se detuvo, volvió corriendo y abrazó a Inés con tanta fuerza que le aplastó las costillas.

—No dejes que me borren —le susurró.

Después se fue. Inés se quedó con la piedra en la mano y la palabra adiós atorada entre los dientes.

Al día siguiente, el pupitre de Nadia ya no estaba. No lo habían movido al fondo ni al lado de la ventana. Había desaparecido por completo.

—Maestra —dijo Inés—, falta la silla de Nadia.

La maestra Elvira siguió escribiendo la fecha en el pizarrón.

—Abran el libro en la página treinta y siete.

—Pero falta su silla.

—Inés, por favor.

Ese “por favor” no era una petición. Era una puerta cerrándose.

En el recreo, Inés buscó a Nadia en todas partes, aunque sabía que no la iba a encontrar. La buscó junto al árbol de guayabas, en la fila de la cooperativa, detrás del salón de música y cerca del baño donde a veces se escondían para comer chamoy en polvo. Nada. Nadia no estaba.

Peor aún: nadie hablaba de ella.

Los niños de su grupo siguieron jugando a las escondidas. Andrea se quedó con el lugar de Nadia en la fila. Gabriel usó su color morado sin pedir permiso. La maestra no pasó la lista con su nombre. En la cartulina de cumpleaños, el mes de abril tenía un hueco donde antes decía Nadia Robles.

—Maestra, borraron su cumpleaños.

Esta vez, la maestra Elvira dejó de escribir. Se quedó quieta, mirando la cartulina.

—Hay cosas que es mejor no hacer más grandes —dijo.

—Pero Nadia no era una cosa.

La maestra se acercó a Inés y habló en voz baja:

—A veces las familias tienen que irse. A veces es por trabajo, a veces por asuntos personales.

—¿Y a veces por miedo?

La maestra Elvira envejeció un poquito en ese momento.

—Página treinta y siete —repitió.

Esa tarde, Inés escribió el nombre de Nadia en la esquina de su cuaderno. Nadia. Lo escribió en pequeño para que nadie lo viera. Al verlo ahí, sintió un poco menos vacío el pupitre de al lado.

Al día siguiente, lo escribió en la tierra del patio con una rama. Nadia. El conserje lo barrió.

Lo escribió en el margen de su examen de matemáticas. Nadia. La maestra le puso una nota roja: No escribas cosas que no corresponden.

Inés pensó que los adultos tenían una forma muy rara de entender lo que correspondía. Para ellos correspondían las divisiones, los mapamundis y la “m” antes de “p”. Pero no correspondía preguntar por una niña que se había ido con su familia mientras todos fingían que no pasaba nada.

Durante una semana, Inés escribió el nombre de Nadia en lugares cada vez más difíciles de borrar: en la etiqueta de su suéter, en una servilleta del comedor, en el yeso descascarado de una pared. Los adultos borraban. Inés escribía.

Un viernes, el director don Evaristo la llamó a su oficina. Llevaba el bigote cuidadosamente recortado y unos zapatos oscuros que rechinaban al caminar.

Inés se sentó frente a él. Sobre el escritorio había un frasco de dulces de cajeta. Don Evaristo tomó uno, pero no lo desenvolvió. Lo hizo rodar entre los dedos mientras hablaba.

—Inés —dijo—, nos han informado que estás escribiendo el nombre de una compañera en distintos espacios de la escuela. Eso puede incomodar.

—¿A quién?

El director abrió la boca. La cerró. El papel del dulce crujió entre sus dedos.

—A la comunidad.

Inés imaginó a la comunidad como un animal enorme, gordo y asustadizo, capaz de atragantarse con un nombre de cinco letras.

—Nadia existió —dijo.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Pero hacen como si no.

—Hay situaciones que no corresponden a la escuela.

Inés pensó en las camionetas sin placas, en las cortinas cerradas, en las madres que hablaban bajito en la fila de la tortillería y en los niños que aprendían a no preguntar. Si nada de eso correspondía a la escuela, entonces no entendía muy bien qué cosas sí.

—Nadia se fue porque tenían miedo —dijo.

Don Evaristo miró hacia la puerta, luego hacia la ventana. El dulce seguía en su mano.

—No repitas cosas que no sabes.

—Ella me dijo que no dejara que la borrraran.

El director se quedó callado.

—Puedes recordarla en tu corazón —dijo al fin. Luego, la mandó de regreso al salón con una advertencia.

Ese día no escribió el nombre de Nadia. Ni al día siguiente. Ni el lunes. Durante tres días, San Juan pareció ganar la batalla. El pupitre seguía sin volver. La cartulina de cumpleaños seguía incompleta. Los niños jugaban, estudiaban, comían, empujaban, copiaban tareas, se peleaban por estampas brillantes.

Pero las ausencias tienen un defecto: aunque nadie las nombre, ocupan espacio. El miércoles, mientras coloreaban un mapa de México, Gabriel levantó la mano.

—Maestra, mi primo Bruno también se fue.

La maestra Elvira dejó de caminar entre las filas.

—¿A dónde? —preguntó Andrea.

Gabriel encogió los hombros.

—A Monterrey. O a Texas. Mi mamá dice que no pregunte porque luego sueño feo.

Nadie dijo nada más. Entonces Inés sacó de su mochila la piedra blanca con cicatriz y la puso sobre su mesa.

—Ella se llama Nadia —dijo— y no sé si va a volver.

Andrea dejó junto a la piedra una canica azul. Dijo que había pertenecido a su vecina Lucía, que se había marchado una madrugada. Gabriel sacó del bolsillo un pañuelo de su primo Bruno. Otro niño puso una fotografía doblada por la mitad.

Nadie dijo “seguro que vuelven”. Nadie dijo “no se preocupen”. La maestra Elvira contempló durante unos segundos aquel pequeño montón de cosas y después volvió a su escritorio.

—Terminen el mapa —dijo.

Pero no retiró los objetos.

Cuando sonó la salida, Inés pasó frente al cuarto de materiales y vio que la puerta había quedado entreabierta. Dentro había escobas, cajas de libros viejos y varias sillas que ya no servían para los salones. Eligió una de madera, con una pata un poco chueca y una mancha de pintura verde. La arrastró hasta el salón y la dejó junto a la ventana.

En el respaldo escribió: Nadia.

A la mañana siguiente, don Evaristo encontró la silla.

—¿Quién puso esto aquí?

El director miró el nombre escrito en el respaldo.

—Las sillas tienen que tener dueño.

—Esa tiene —dijo Inés.

—No empieces otra vez.

Antes del recreo, la silla ya había desaparecido. Esa tarde Inés puso otra. También se la llevaron. Siguió intentándolo durante varios días y, en ocasiones, aparecían nuevos nombres garabateados. Algunas sillas duraban hasta la salida; otras no llegaban al primer timbre. La escuela nunca autorizó ninguna y, al cabo de dos semanas, la puerta del cuarto de materiales amaneció con un candado.

La silla no devolvió a nadie.

Nadia no regresó. No llegó una carta con estampillas del extranjero. No sonó el teléfono de Inés con una voz conocida.

Con el tiempo, en San Juan siguió habiendo puertas cerradas, murmullos en las tiendas y adultos que bajaban la voz cuando los niños entraban a la cocina. Siguió habiendo familias que se iban “unos días” y no volvían durante muchos meses, o no volvían nunca.

Muchos años después, Inés dejó de pensar en Nadia. No ocurrió de golpe. Primero olvidó cómo sonaba exactamente su voz y ya no estuvo segura de si el hipo aparecía siempre después de la risa o solo a veces. Con el tiempo, empezó a confundir unos recuerdos con otros.

Llegaron el trabajo, las cuentas, los horarios, las mudanzas y la gente que entraba y salía de su vida. Pasaron años sin que pensara en su amiga. Después, décadas.

Una mañana, de camino al trabajo, Inés oyó detrás de ella el motor de una camioneta que avanzaba demasiado despacio. No se volvió. El ruido se mantuvo a su espalda durante media cuadra, sin acercarse ni alejarse. Durante unos segundos no supo por qué tenía los dientes apretados.

Después recordó una calle y un cielo amarillo. Luego, una risa que terminaba en un hipo y los dibujos de casas con demasiadas puertas.

Y finalmente el nombre.

—Nadia.

La camioneta siguió de largo. Inés esperó unos segundos, como si después del nombre tuviera que venir algo más.

No vino nada.

Tres mil tardes y un recado

— o —
Daniel Cortés | México





El cielo sobre la azotea terminó de cerrarse, gris y bajo. El olor a tierra caliente y lluvia bajaba desde los cerros; el aguacero reventaría en cualquier momento. Si el agua los alcanzaba con los colchones y las cajas todavía en la banqueta, se les echaba a perder lo poco que tenían. Llevaban desde las seis de la mañana acarreado bultos por una escalera de caracol estrecha que raspaba los codos a cada vuelta. Había que lavar el piso con cloro, quitar la mugre pegada a las paredes y acomodar las cosas a marchas forzadas antes de que cayera la noche.

Héctor estaba sentado sobre un bote de pintura de diecinueve litros, con los codos en las rodillas y la cabeza baja. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que el dolor de las muelas le subió hasta las sienes. Tenía el pecho cerrado y los dedos, entumecidos de cargar el ropero por los tres pisos, le temblaban en el regazo. Era la rabia de no haber podido frenar nada: ni el desalojo de un día para otro, ni el cobro del fletero, ni haber llegado a tiempo por Tobías.

Lo que le quemaba por dentro no era solo la muerte del perro, sino la ligereza con la que Andrés había mandado el mensaje de voz. Un tipo holgado, que después de dejar al animal consumirse de fiebre atado al pirul del patio, les pidió que fueran ellos a cavar la fosa porque él «no tenía tiempo de andar paleando tierra». Y ellos, con el flete encima y las cosas en la calle, tuvieron que decirle que no. Saber que Tobías se había quedado allá, solo sobre la tierra seca, sin que pudieran despedirlo ni enterrarlo, era algo que Héctor no lograba tragar. Para él, ese final lo confirmaba todo: encariñarse con cualquier cosa era una trampa que tarde o temprano se pagaba caro.

Julián cruzó la puerta con la última caja justo cuando el primer trueno retumbó en las ventanas. Tenía la playera pegada a la espalda por el sudor y los brazos cubiertos de polvo. Abrió la caja con una navaja y, entre trapos viejos, encontró la correa. El asa de cuero estaba masticada y flexible por el uso de diez años,

desde que Tobías era un cachorro que tiraba en los paseos hasta quedarse sin aire.

Julián pasó el pulgar por el cuero gastado.

—No estuvo en nuestras manos, Héctor —dijo con voz tranquila—. Nadie quería que pasara esto. Andrés es un tipo descuidado; no sabe lo que es hacerse cargo de nada y no tiene la madurez para cuidar a otro ser vivo. Allá él. Yo no me voy a pudrir la vida odiándolo. Prefiero acordarme de Tobías corriendo en el pasto. Valió la pena cada día con él. Incluso con este final.

A Héctor le dio una punzada en la mandíbula. Quiso levantarse, arrancarle la correa y recordarle el árbol, la sed y el mensaje de voz. Quiso obligarlo a admitir que ese final era lo único real.

Pero al ver la calma de su hermano, las palabras se le quedaron atoradas.

Tobías, amarrado a ese pirul, no había muerto pensando en culpables ni en la mezquindad ajena. Cada vez que el zaguán sonaba con el viento, el animal levantaba las orejas y golpeaba el suelo con la cola, esperando únicamente la alegría de verlos entrar. Diez años de carreras y de dormir atravesado en sus pies durante los inviernos no habían en la torpeza de sus últimos tres días.

Julián caminó hacia la entrada, clavó una alcayata en el marco de madera y colgó la correa junto a la puerta.

Afuera reventó el aguacero, golpeando el pavimento y las láminas del patio. El viento coló una corriente por la rendija de la puerta y la correa osciló despacio, golpeando la madera con un chasquido suave.

Julián se sirvió un vaso de agua y respiró hondo el olor a tierra mojada.

Héctor siguió inmóvil sobre el bote de pintura, con las manos cerradas sobre las rodillas. No aflojó la mandíbula.

El encorvado

Árah Valenz | México





Cuando Amaranto miraba la Luna, le surgía un ímpetu de voluntad desconocida. Fascinado por su aspecto de perla flotante, le susurraba:

—Luna, tú que estuviste cuando se balbucearon los primeros cantos, dime: ¿por qué no logro tocar más que unas cuantas notas disparatadas?

Rogaba en sus adentros escuchar algo extraordinario, pensando en cómo podría sonar la Luna, pero esta solo posaba su brillo en el pálido rostro de Amaranto. En un arrebato, echó todas sus partituras en su pequeña chimenea encendida, pensando que tal vez debería abandonar la escuela de música. Se escondió entre las sábanas de su cama y se hundió en ella por varios días. Las lágrimas lo envolvieron en una espuma negra y su cuerpo apenas quería moverse. Se repetía a sí mismo: «¿Y si solo escuchara el sonido de la Luna? Mis manos ejecutarían una pieza única y nadie podría igualarla».

Amaranto se aproximó al piano, recorriendo las teclas desesperadamente sin lograr nada... irritado, golpeó al piano con ambas manos y dejó caer su cabeza sobre las teclas, quedándose allí durante largo tiempo. Las plantas de su pequeña casa lo miraban con decepción. Una tras otra empezaron a palidecer hasta secarse. Amaranto parecía estar perdiendo la razón. Era desdichado porque sentía que ya no había remedio a su impotencia creativa. Salía al balcón a pedirle a la Luna que le diera el poder de ser un gran compositor, mientras la veía desaparecer en una franja y las calles quedaban en completa oscuridad.

En mitad de la noche se escuchaban acordes y notas flotando en la sala. Provenían del piano y retumbaban con tanta fuerza que hacían rechinar las paredes y saltar los objetos de su casa. Amaranto prefería pensar que, después de tanto encierro, estaba imaginando aquellos sonidos. Sus oídos no podían resistirse a la música. Era un desfile asombroso de tonos que hacía mover su corazón y sus pies.

El miedo se transformó en alegría. Pensó en agradecerle a la Luna cuando se dejara descubrir entre las nubes. Convencido de que el piano guardaba secretos, le preguntó en medio de la oscuridad:

—¿Qué es lo que quieres que toque? Sé que no eres solo un objeto. ¡Dime algo!

Una pila de libros cayó sobre la estantería. La sala empezó a verse cada vez más resplandeciente. Era la Luna que se acercaba a su ventana.

—¿Quién eres? ¿Qué buscas? —insistió Amaranto.

Las teclas se tocaban solas. Amaranto quedó completamente asombrado por aquellos ritmos e intentó imitarlos. Lo hacía día con día, guiado como por esa fantasmal fuerza que se hacía escuchar cada noche a la misma hora.

—Sé que no eres algo malo y no buscas dañarme. Por fin mis manos ejecutan algo hermoso —susurraba el joven—. ¿Pero quién eres?

El piano se imponía en silencio, esperando ser tocado. De pronto, Amaranto fue arrastrado por las teclas y el eco musical se desató:

—Es una belleza —repetía Amaranto, deleitándose apaciblemente.

Su casa se encontraba envuelta en aquel sonido, y las plantas que antes estaban marchitas comenzaron a renacer y sus pequeños troncos se alargaban hasta brillar entre las sombras de la sala, inundando el espacio de colores pastel. Pero Amaranto no veía lo que pasaba alrededor. Sus ojos permanecían clavados en el teclado, obsesionado con recordar cada nota. Esperaba con ansias cada noche para aprender el siguiente fragmento, uniendo cada uno como piezas de un rompecabezas.

Mientras más practicaba, el sonido se volvía parte de su piel. Los rayos del sol se colaban por los huecos de los rincones, calentando su espalda, que empezaba a encorvarse, mientras sus manos repetían tercamente la melodía. De tanto practicar, sus dedos se iban endureciendo como la corteza de un árbol. Cuando calentaba agua para tomar café, apenas sentía la temperatura, hasta que daba pequeños sorbos y se quemaba la lengua. Poco a poco, su columna se alargaba hacia el teclado, formando un arco que parecía tomar la forma de una cuchara doblada.

Después de largo tiempo, el instrumento hizo sonar la melodía y, en un aire helado, se silenció la habitación con la última vibración en el piano. La sonata estaba completa. Amaranto salió al balcón, pero su espalda ya estaba muy encorvada para ver la Luna.

—No te puedo mirar, pero ahora te escucho en este sonido que me has entregado.

Amaranto, por la emoción que le producía aquella melodía, estaba distraído durante sus clases. Esta vez no tenía miedo de tocar. Pronto se acercaba el examen, donde tenía que demostrar una obra propia. Amaranto estaba poseído por aquel sonido y sabía que debía intentarlo. Al llegar el momento, observó a sus maestros de miradas penetrantes. Guardó silencio y comenzó a tocar.

Todos quedaron boquiabiertos. Era casi imposible entender cómo alguien que antes había demostrado tan poco talento en el piano podía crear lo que estaban escuchando. Impresionados, le pidieron que siguiera componiendo más melodías como esa. Amaranto regresó a su casa deleitándose con su triunfo. Decidido a intentar hacer algo nuevo, se sentó frente a su lustroso piano, pero su mente y sus manos solo repetían la misma música que se había aprendido.

—Solo tengo ese sonido en mi cabeza. Cuando quiero pensar en alguna nota distinta, no puedo.

Una voz emergió del instrumento:

—El día que tocaste esta melodía completa, quedaste encadenado a ella. No podrás tocar ninguna otra pieza en toda tu vida.

Pasó días enteros pegado al piano, intentando componer, pero sus dedos no hacían más que repetir los mismos movimientos, una y otra vez. Su espalda adoptó la forma permanente de una concha de mar. Cansado de ese sonido, comenzó a deslizar sus manos por todas partes del teclado hasta hacerlo crepitar torpemente y sin sentido.

En sus clases ya no era el muchacho curioso y tímido que deseaba ser un gran pianista; ahora era un joven obsesivo y distante ante las miradas que antes le producían vergüenza. Todos observaban cómo se alargaba su cuerpo mientras se torcía sobre el teclado. Intentaba enderezarse, pero poseído por una voluntad ciega, su cuerpo se tensaba como yeso. Los profesores y

alumnos murmuraban al verlo completamente deforme, mientras sus manos seguían tocando a la perfección la misma pieza musical.

La melodía retumbaba insistentemente en la cabeza de Amaranto, mientras él en sus adentros le suplicaba a la Luna que le quitara ese sonido para siempre. Al regresar a casa, las plantas se habían hecho polvo. La luz del sol había dejado de calentar su casa. Estaban agrietados los vidrios y por las roturas entraba un aire invernal que entumecía sus manos.

Agotado por todo lo que había vivido, Amaranto no se percató del daño terrible que había en su hogar. Dejó caer su cuerpo deforme en el sofá, cerca del piano, con el deseo de dormir un poco. La Luna había cubierto toda su casa y su brillo penetrante no hizo más que despertarlo. Amaranto vio su sombra en el piso y quedó horrorizado por lo mucho que había cambiado. Sus manos parecían ramas secas y delgadas, y su espalda, completamente doblada, con aspecto de hiena esquelética. Fue entonces cuando una voz resonó en el interior del instrumento. Era ronca y delgada.

—Solo quería que alguien ejecutara mi composición y que pudiera ser escuchada. Me enterraron sin que nadie pudiera oírla, y tuve que vagar hasta encontrarte, porque no soy yo quien vive, sino la música.

Amaranto, confundido, preguntó:

—¿Por qué a mí? Solo puedo escuchar esa caprichosa melodía que me ha deformado el cuerpo... Ni siquiera puedo inclinar la cabeza hacia el cielo y ver a la Luna resplandecer.

—Hiciste que esta melodía saliera de los sarcófagos. Ahora me perteneces y seguirás tocándola eternamente.

—Soy un joven encorvado, y pasaré el resto de mi vida doblado, condenado a mirar mis pies sobre el suelo gris.

Amaranto se estremeció frente al piano y, con los dedos entumecidos por el frío que entraba por su casa, acarició las teclas que tanto había amado y respondió:

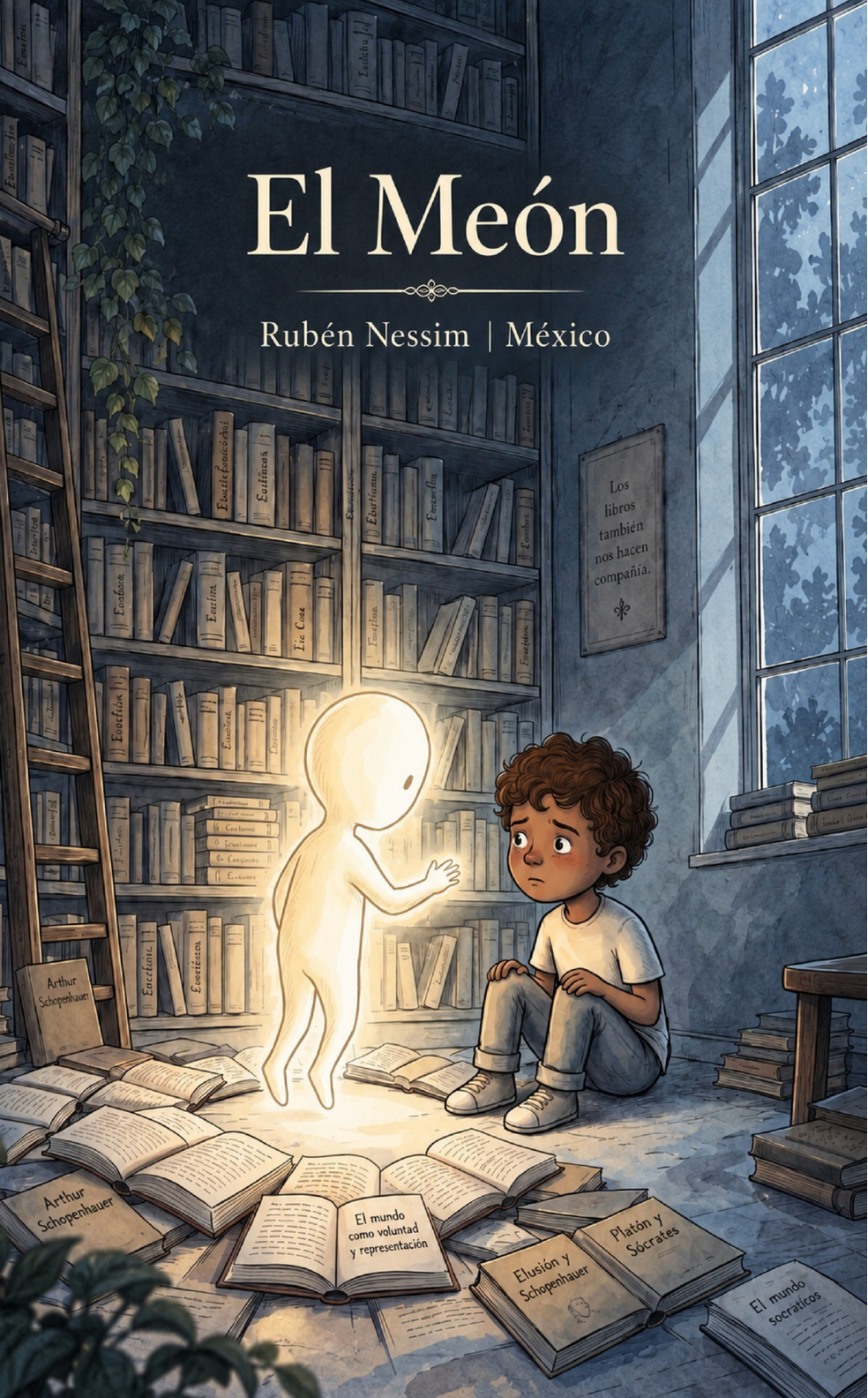
—No puedo hacerlo. Y si mis oídos no pueden escuchar otras melodías y mis manos no pueden crearlas, prefiero no ser músico.

Deshecho, con los ojos apagados y su espalda encorvada, posó sus manos rígidas sobre la tapa de madera del piano, dejándola caer

de un golpe sordo, mientras una frialdad insomne se extendía hasta la Luna.

El Meón

Rubén Nessim | México





Llega un momento en la vida en el que nos damos cuenta de que vamos a morir. Cuando ese momento llegó en la vida de Felipe, todo cambió para él. Tenía 7 años y era un niño normal. Quería jugar y divertirse, pero sus padres siempre estaban trabajando y pasaban poco tiempo en su casa. Cuando sí estaban ahí, estaban demasiado cansados, y a Felipe no le gustaba nada sentirse una molestia, y mucho menos que le gritaran cuando él solo quería jugar. Su hermano Eduardo tampoco quería pasar tiempo con él. Tenía 14 años, a esa edad las personas se sienten incomprendidas y quieren privacidad. Además, tenía una novia en la secundaria que terminó con él y le rompió el corazón, por lo que menos quería estar con Felipe. Al hermano mayor todo le parecía irritante y solo quería estar en su lado del cuarto, que compartía con su hermanito, escuchando videos extraños sobre unos escritores que vivieron en Alemania hace ya muchos años.

La única persona que en verdad parecía disfrutar el tiempo que pasaba con Felipe era su abuelito Julio. Todos ellos compartían la casa y era Julio quien se encargaba de cuidar a los chicos. A pesar de que se movía con lentitud y dificultad, siempre se mostraba muy alegre a la hora de jugar con su nieto menor y sus juguetes. Le fascinaban las historias fantásticas que creaba el niño solo con su imaginación, y se sentía honrado de participar en ellas sin intervenir, dejando fluir su creatividad. Julio era un maestro de Filosofía ya retirado que le decía a sus nietos que tenían muchísimo potencial en sus cabezas y que nunca debían renunciar a pensar y buscar la respuesta a cada pregunta que les fuera surgiendo a lo largo de la vida. Para estimular la mente de Felipe, su abuelo leía historias antiguas de Grecia para él, como lo había hecho con Eduardo cuando era pequeño. Estos Diálogos entre sabios como Sócrates y Platón le causaban mucha curiosidad a Felipe, quien le comentaba a su abuelo todo tipo de preguntas intrépidas que lo hacían sentir orgulloso. Incluso aprendió a leer, con ayuda de Julio, para poder profundizar más acerca de esos libros desgastados.

En una fría mañana de invierno, durante las vacaciones, Felipe y su abue jugaban con bloques de madera. El niño estaba sentado en la alfombra intentando construir una réplica del Partenón —ese lugar sagrado para los griegos del que tanto habían leído— con instrucciones del hombre cuando, de pronto, las risas cesaron y las sonrisas decayeron. Julio soltó el bloque que tenía y se llevó ambas manos al pecho, como si tratara de abrazarse. Hizo un sonido ronco, como si intentara hablar bajo el agua, y su cara —siempre sonrojada durante el juego— se volvió gris como el cielo en una tarde lluviosa. Su cuerpo se fue deslizando de la silla hasta el suelo, muy despacio, como un castillo de naipes que se desploma sin hacer ruido.

—¿Abue? —preguntó Felipe, dejando su juguete.

No respondió. Tenía los ojos muy abiertos, pero estaba mirando un punto lejano, más allá del techo. El silencio de la casa se volvió gigante. Papá y mamá trabajaban; Eduardo estaba fuera. Felipe recordó el número mágico que su abuelo le había hecho memorizar en un juego: 911. Con manos temblorosas y el corazón golpeándole el pecho como un pájaro enjaulado, tomó el teléfono.

Una voz amable al otro lado intentó calmarlo, mientras él lloraba a moco tendido, temblando y sin saber en verdad lo que estaba pasando. La voz le prometió ayuda. Mientras esperaba junto a la puerta, el tiempo parecía ir más lento. El abuelo Julio seguía en el suelo, respirando de una forma extraña, con un silbido largo y cansado que a Felipe le pareció el motor de un juguete viejo quedándose sin batería. En un intento de calmar la situación, y sin saber qué más hacer, el niño tomó uno de los libros de su abuelo y comenzó a leer para él un Diálogo llamado *El Fedón*, del cual aún no había escuchado.

En los días siguientes se mudaron a una habitación blanca y fría. Para Felipe, el hospital no parecía un lugar de curación, sino una cárcel aburrida en la que el tiempo se detenía. El abuelo Julio ya no era el hombre que leía a Platón; ahora parecía una figura de cera atrapada en una red de cables y mangueras transparentes. A cada lado de la camilla en la que yacía Julio, unos monitores negros parpadeaban con luces verdes. Emitían un sonido constante: bip... bip... bip... Un ritmo monótono que medía la vida que le quedaba. Felipe pensaba que esa máquina era la que mantenía despierto a su abuelo, y temía que si se apagaba, el abuelo lo haría.

Con el paso de los días, Julio parecía hacerse más pequeño bajo las sábanas blancas. Su piel se volvió delgada como el papel de los libros antiguos que compartía con sus nietos, y sus manos, antes cálidas, ahora estaban frías y quietas. Ya no hablaba. A veces, sus ojos se abrían un poco, pero no reflejaban la luz de antes; estaban nublados, como ventanas llenas de polvo. La mamá de Felipe lloraba mucho dentro de la habitación, pues Julio era su papá. Aunque le decía a su hijo que todo estaría bien, él se sentía muy triste e impotente, como si el aire a su alrededor se volviera pesado. Eduardo nunca decía nada, se sentaba en silencio tomando las manos de su abuelo y a veces leía libros extraños. Papá no había hablado con los chicos, tenía que seguir trabajando y decía que pensar en el asunto no le hacía bien ni a él “ni a nadie”.

El silbido del pecho del abuelo Julio se transformó en un goteo esporádico. El bip de las máquinas empezó a demorar sus repeticiones. Cada vez se volvía más lento, haciendo que los silencios entre cada latido fueran más largos y aterradores. Felipe observaba cómo la energía de su abuelo se evaporaba en el aire de la habitación, sin que nadie, ni los médicos con sus batas blancas, pudiera retenerla. Fue allí, mirando el contador de ese aparato y el rostro inmóvil de la única persona que lo escuchaba, donde Felipe entendió por primera vez que el mundo no era un juego eterno. La fragilidad de la vida se le reveló, no como una idea, sino como el eco cada vez más débil de una máquina de hospital.

El abuelo Julio murió. Fue en ese momento que Felipe tuvo que enterarse de qué significa eso de morir. La casa se llenó de un silencio espectral, que solo era interrumpido por los llantos que provenían del cuarto de mamá, al menos en los días que estuvo en casa, con permiso de faltar al trabajo. Eduardo se aisló aún más, encerrándose en su cuarto sin mostrar señales de vida. Felipe aprendió pronto que “¡déjame en paz!” o “vete a otro lado” eran las únicas respuestas que obtendría de su hermano si intentaba que le hiciera compañía. El pequeño pasaba poco tiempo en su cuarto porque el mayor lo acaparaba. Lo único que de alguna manera hacían juntos era escuchar los videos que siempre ponía Eduardo, cuando Felipe se acostaba en su cama a mirar el techo, aburrido.

En realidad, el hijo menor de la familia comenzó a pasar cada vez más tiempo en la habitación que solía ser de su abuelo, en ella estaban los libros que

sentir un poco de su compañía, aunque muy seguido se entristecía por recordar que él ya no estaba, solo sus libros. Un fin de semana, papá estaba mirando un juego de fútbol en la televisión. Felipe se acercó a él y decidió preguntarle, sin preámbulos:

—Papá, ¿qué le pasó a Abue?

El padre no despegó los ojos de la televisión, pero se quedó en silencio unos segundos.

—Se enfermó, y ya no está con nosotros —le dijo.

—¿En dónde está? —replicó el niño.

El hombre finalmente lo miró, quitó el volumen de la tele y pensó un momento.

—Tu abuelo ya no está en esta vida, pero vas a poder verlo después, porque él se fue al cielo. Ahí te está esperando —dijo.

Felipe se quedó quieto, procesando las palabras. Miró la pantalla de la televisión, donde unos hombres de camiseta brillante corrían detrás de un balón, y luego recordó la habitación blanca del hospital. Recordó la piel de cera, las mangueras transparentes y el sonido de la máquina que se iba apagando poco a poco.

—¿Y en el cielo también hay cables, papá? —preguntó Felipe con voz suave—. ¿Ahí también tienen que conectarlo para que no se apague?

El papá suspiró, visiblemente incómodo, y volvió a encender el sonido de la televisión.

—No, Felipe. Allá no hay dolor. Anda, ve a jugar a otra parte, que estoy viendo el partido.

Felipe obedeció. Caminó de regreso al cuarto del abuelo Julio y se sentó en el suelo, rodeado de los libros desgastados. La respuesta de su padre no le había dado paz; al contrario, le había dejado una duda enorme metida en el pecho. Si el abuelo estaba en un lugar tan bonito donde no había dolor, ¿por qué su mamá no paraba de llorar en las noches? ¿Por qué su papá no quería hablar de eso? ¿Y por qué el cuerpo del abuelo se había vuelto tan frío y pequeño antes de desaparecer?

El niño abrió el libro que él mismo le había leído a su abuelo, antes de que se lo llevaran al cuarto blanco del que nunca salió. Pensó en todas las ocasiones en las que Julio leyó para él y, por primera vez, sintió nostal

pero le gustaba pasar los dedos por las letras que abue alguna vez había tocado. Una lágrima se derramó dulcemente por su mejilla mientras empezaba a leer en voz alta, con la puerta cerrada para no distraer a papá del partido. Abue Julio leyó incontables páginas para Felipe, pero él solo tuvo una oportunidad para devolverle el favor, sin saber que sería la primera y la última. Al leer en voz alta, intentaba imitar el tono amable y épico de abue Julio. Sentía que, quizá, una parte de él lo estaba escuchando, una parte que lo acompañaba aunque él no fuera capaz de verlo. Mamá le había dicho en una ocasión, con la voz quebrada y los ojos enroquecidos, que su abuelo realmente no se había ido por completo, sino solo su cuerpo; que su alma siempre lo estaría cuidando. Felipe no entendía muy bien qué era eso del alma, pero el libro que estaba leyendo, *El Fedón*, parecía hablar al respecto.

Pasaron los días, que se convirtieron en semanas, y Felipe siguió leyendo. El libro relataba las últimas horas en la vida de Sócrates, lo cual le hacía pensar en abue Julio, quien también tenía una barba blanca frondosa y era un maestro muy sabio. Felipe no se sentía identificado con el filósofo, sino con sus amigos, que estaban muy tristes e intentaban hacer que escapara de sus captores para que no se tuviera que morir. Él también había intentado despertar a su abue para que se levantara de la cama y se lo pudiera llevar de vuelta a casa. Sentía que Julio le hablaba a través de las palabras de Sócrates, quien consolaba a sus discípulos explicándoles que la muerte no es el final, sino la liberación del alma inmortal, que sale del cuerpo para volver a un mundo de Ideas en el que puede tener todo el conocimiento del mundo. Felipe imaginó que ese era el cielo del que hablaban sus padres. Como había sido un hombre muy bueno, Julio debía estar ahí muy feliz, porque lo que más amaba era el conocimiento, y en el mundo de las Ideas está todo lo que se puede conocer.

Aun así, Felipe no se sentía del todo cómodo con esos pensamientos. Sócrates también mencionaba la posibilidad de que la muerte fuera solo un sueño eterno y profundo; como estar dormido sin soñar y sin nunca despertar. El filósofo explicaba que no había que temerle, porque en ese sueño no había sensaciones, por lo tanto, tampoco dolores como los que sufrió abue Julio en el hospital. Pero a Felipe no le gustaba nada la idea de que su abue estuviera en una oscuridad tan profunda que nada la podría ilumi

reguntaba por qué, en sus

últimos momentos, abue no había podido hablar con él y con el resto de la familia, como Sócrates con sus amigos y seguidores. Después del accidente, el alma de Julio no parecía ya estar en su cuerpo, inmóvil e invadido por los cables. Felipe no podía dejar de pensar en cómo el aspecto de su abuelo era cada vez más extraño e inquietante conforme pasaban los días, hasta que el bip de la máquina dejó de sonar por completo.

Mientras reflexionaba en silencio, sentado en el suelo y con el libro entre las manos, la puerta se abrió de golpe. Eduardo entró repentinamente a la habitación y vio a Felipe. Ambos se miraron con sorpresa, sin decir palabra. Felipe notó que había una lágrima en el cachete de Eduardo, quien se la limpió de la cara rápidamente con la mano, como si lo avergonzara.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Eduardo, mientras sacaba uno de los libros acomodados en las repisas del abuelo.

—¿Qué libro es ese? —preguntó Felipe, ignorando el cuestionamiento de su hermano.

—Se llama *El mundo como voluntad y representación*, tú no lo entenderías —respondió, dirigiéndose a la puerta para salir.

—¿Es uno de los libros de los que hablan tus videos? —replicó rápidamente, buscando evitar que se fuera tan pronto.

Eduardo guardó silencio y miró directamente a Felipe.

—Sí, es el libro más importante de Arthur Schopenhauer, un filósofo alemán —dijo.

—¿Él era como Platón? —continuó Felipe.

—Niño listo; Julio te enseñó algunas cosas. Sí, también era un filósofo, pero vivió casi dos mil años después —mencionó sorprendido.

—¿Y qué dice, Edu? —cuestionó Felipe con genuina curiosidad.

Eduardo frunció el ceño, miró un momento hacia el techo y replicó:

—No me llames así, no soy un niño; dice que no podemos ser felices, porque nunca podemos obtener lo que queremos.

El niño pensó en lo mucho que quería volver a ver a su abuelo, y en que eso era imposible, al menos en esta vida. También deseaba con todas sus fuerzas tener a alguien con quien jugar y pasar el tiempo, pero en su casa eso también parecía imposible.

Tal vez aquel filósofo, con ese nombre tan disparatado y largo, tenía algo de razón.

—¿Por qué no? —siguió Felipe.

—Eres muy pequeño para entenderlo —respondió Eduardo y se dio la vuelta.

—Eduardo... ¿Abue está en el cielo? —preguntó Felipe cabizbajo.

El hermano mayor guardó silencio, se llevó una mano a la cabeza y, sin dejar de darle la espalda a su hermanito, dijo en tono serio:

—No, Felipe, no existe el cielo. Es un cuento para hacernos sentirnos mejor por las personas que mueren. Para no tener que pensar en que vamos a morir.

Felipe sintió un escalofrío.

—E-entonces, ¿en dónde está? —preguntó con la voz temblorosa.

—¿Por qué no hablas con mamá y papá sobre estas cosas? Ya no está, murió. Ya no existe más —replicó molesto, salió de la habitación sin mirar a Felipe y cerró la puerta tras de sí.

El niño sentía que no podía dormir esa noche. Permaneció en la misma habitación, reflexionando en silencio. Comenzó a recordar algunas de las ideas que mencionaban los videos que siempre veía Eduardo: que el sufrimiento es inevitable, que en este mundo todo se rompe, todo se deshace. No por error, sino porque así son las cosas. Felipe pensó en las veces en las que lo molestaron en la escuela sin razón; en sus padres y en cómo siempre parecían estar molestos y cansados, ya que nunca tenían tiempo para nada; recordó el rostro sombrío y apagado de Eduardo, pensó en cómo él dejó de estar interesado en jugar como lo hacían antes, y en las noches en las que lo había escuchado llorar en la otra cama, apretando la almohada contra su rostro. Finalmente, se acordó de abue Julio, de las lágrimas que a veces se le escapaban cuando estaba conectado a las máquinas, sus quejidos, el feo sonido que salía de su pecho... Y se acordó del día en el que simplemente desapareció.

A las 3:33 de la mañana, de la boca de Felipe emergió un largo y pesado suspiro.

—¿Por qué tuve que nacer? —dijo en voz alta, sin pretensión alguna de que nada lo escuchara.

En ese momento, los libros regados en el suelo se abrieron de golpe. El niño los miró, con los ojos como platos, sorprendido como nunca antes. Las páginas de papel amarronado y quebradizo empezaron a pasar rapidísimo ante la mirada de Felipe, quien sentía su corazón acelerarse. Seis libros se movieron por sí solos en el suelo, formando una figura semicircular. En su centro, un destello poderoso iluminó la habitación, abriendo una especie de portal de luz. El niño no lo podía creer, pero dejó de sentir miedo al mirar de frente aquella luz.

Entonces, una voz serena y neutral se hizo presente:

—Voy a entrar ahora, por favor no te asustes, me es literalmente imposible hacerte daño.

Una figura humana pequeña comenzó a asomar la cabeza. Parecía estar hecha de la misma luz que salía del portal. Sacó una mano y saludó gentilmente a Felipe, como un amigo. Cuando finalmente emergió por completo y el portal desapareció, Felipe pudo ver que la criatura tenía la misma forma de su cuerpo, pero sin rasgos, como si estuviera hecha de una nube dorada que flota sobre el suelo.

—¿Qué eres tú? ¿Vienes del mundo de las ideas? —preguntó el niño con curiosidad.

—En realidad, creo que vengo del mundo de tus ideas, Felipe. Yo no soy nada. Mi nombre es Meón. No soy alguien en particular, soy quien no ha nacido. Un nadie, o una nada.

—Eso no es posible, si no has nacido, no existes —señaló el niño.

—Ciertamente. No tengo un cuerpo, ni un aliento. No necesito un corazón como el tuyo. En verdad, no necesito ni quiero nada. Lo que soy es potencia: soy pura posibilidad sin límites. Y lo soy, precisamente, porque no existo como tú; si tuviera un cuerpo como el tuyo, no podría cambiar mi forma sin romperme. Habría nacido en un cierto lugar, en el que tendría que crecer. Tendría que ir a una escuela en particular, como la tuya. Me aburriría como tú, tendría ganas de jugar sin poder controlar si alguien más querrá pasar tiempo conmigo... Perdería a mis seres queridos, los vería enfermarse. Tendría que enfermar yo mismo, eventualmente moriría, y entonces alguien me perdería a mí. Yo no vivo, por eso nada me afecta, nada me molesta —explicó el Meón.

—Pero... entonces, ¿tú no puedes jugar? No tienes juguetes, ni familia... Ni siquiera un cuerpo para sentir, ¿no te sientes solito? —cuestionó Felipe.

—No, Felipe. Yo no siento nada. No tengo nada, pero nada necesito, no tengo deseos ni necesidades. No necesito una vida; tú sientes que necesitas vivir porque vives. En verdad, vivir es querer, y por eso, siempre tener que actuar —agregó el Meón.

—Sí... A veces vivir es agotador, desde que se fue abue Julio me he sentido muy mal.

—Pues claro, te sientes mal porque tú amas mucho a tu abue, y él ya no está para jugar contigo ni leerte historias divertidas. Pero no te sientas mal por él, pequeño Felipe. Él ya no siente ningún dolor, como yo. Él no te extraña. Tú lo extrañas a él, pues estás vivo aquí en el mundo.

—Es que lo extraño tanto, no puedo creer que se haya ido solo así... —continuó Felipe.

—Es doloroso para ustedes los vivos, pero debes saber que ese es el ciclo de la vida. Las personas nacen siendo bebés, se convierten en niños como tú, se vuelven jóvenes como Eduardo, luego se hacen adultos como tus papás y, si llegan a vivir lo suficiente, terminan siendo ancianos como Julio. Después de eso, como sabes, las personas se mueren —dijo el Meón.

—Pero... ¿Por qué tenemos que morir? —preguntó Felipe frunciendo el ceño.

—En verdad, pequeño Felipe, la muerte no es solo una cosa repentina. Es que las personas son cuerpos que fallan, siempre se tienen que enfermar, y mientras viven se van gastando. Son como tus juguetes, ¿verdad que no duran para siempre? Mientras los usas se desgastan, y finalmente se rompen o empiezan a fallar. Las flores se marchitan, la comida se echa a perder; las personas también se van acabando y se mueren. Todo en el mundo es así: inicia, se desarrolla, se degenera y termina. Eso no es ni bueno ni malo, pero los humanos como tú son seres sensibles a los que les duele mucho perecer, y ver que todo lo demás también se acaba. Ellos son, no como yo, que no soy, que nunca nací, y entonces nunca me enfermo y nunca moriré. Todos los que nacen, como tú y Julio, están limitados. Pero yo solo soy innumerables posibilidades. Mientras ninguna se realice, soy todas.

—Pero Meón, ¿qué hay de las cosas bonitas en la vida? Tú no puedes comer pastel, no tienes una mamá que te abraza, no puedes leer libros... —argumentó Felipe.

—Pequeño —interrumpió el Meón—, ustedes los nacidos buscan y necesitan todas esas cosas porque, como están vivos y limitados, deben satisfacerse y entretenerse para no sufrir, aburrirse o ponerse tristes. Yo no necesito nada, igual que Julio, pues ya no existe más. Por eso te digo que no deberías afligirte por él, sino solo por ti, que tienes que vivir necesitando todo tipo de pasatiempos y distracciones, y ahora sin que Julio esté a tu lado.

Felipe pensó un momento en las palabras del Meón, imaginando dejar definitivamente de sentirse triste, aburrido o adolorido.

—Quisiera ser como tú —dijo—, o... bueno, no ser.

—Si en serio lo deseas, puedes venir conmigo —respondió el Meón.

El portal se abrió de nuevo entre los libros y Felipe lo miró en silencio.

—Meón, ¿abue Julio estará ahí? —preguntó el niño.

—No, Felipe. Ahí no hay nada —contestó la criatura.

El niño pensó en todo lo que le había dicho el Meón. No necesitar nada, no querer nada y no tener limitaciones le parecía lo ideal. No quería volverse tan amargado como Eduardo, ni tener que trabajar todo el tiempo y estar siempre estresado como sus padres y, sobre todo, no quería tener que enfermar, que lo conectaran a las máquinas y morir con dolor, como Julio. Felipe asintió con la cabeza, sonriendo tímidamente. El Meón levitó hacia la luz y fue absorbido completamente por ella. Felipe lo siguió. En el instante siguiente, solo vio una luz pura que lo tranquilizaba mientras sentía que soltaba por completo el peso de su cuerpo.

A la mañana siguiente, Eduardo también tuvo una gran revelación. No había dormido, se quedó toda la noche leyendo el libro que había tomado del cuarto del abuelo. Un párrafo en particular lo conmovió sobremanera, en el apartado 66 del Libro Cuarto. En él, Eduardo sintió que Schopenhauer le hablaba directamente, explicándole que el amor verdadero es la compasión, que busca reducir el sufrimiento de los demás, porque podemos compren

que el mal que sienten los otros es igual al mal que sentimos nosotros mismos. La pérdida, el aburrimiento, el dolor y la muerte no son cosas por las que algunas personas tienen que pasar, son parte de la vida misma, algo que todos tenemos en común y, por ello, nos hace iguales, como hermanos.

Al leerlo, Eduardo soltó el libro sobre la cama y se levantó de golpe. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos sin que esta vez pudiera hacer nada para contenerlas. Se dio cuenta, al fin, de que Felipe no había llegado a su habitación a dormir la noche anterior. Salió rápidamente de su cuarto mientras se secaba las lágrimas con la camiseta y se dirigió a paso acelerado hacia la habitación de Julio. Abrió la puerta lentamente y vio a Felipe en el suelo, no se movía. Caminó hacia él y se puso de rodillas para abrazarlo.

—Felipe, despierta —dijo tomándolo suavemente con sus manos.

El niño abrió los ojos lentamente, con confusión. Vio el rostro de su hermano y se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Por supuesto, Felipe ya había nacido, por lo que él no podía no ser, como el Meón. El sueño de no tener que sentir o tener necesidades era imposible, igual que querer volar como los pájaros o respirar bajo el agua como los peces.

—Edu, ¿qué pasa? —respondió frotándose los ojos.

Eduardo lo miró intentando contener el llanto durante varios segundos, tratando de reunir valor para decirle lo que le tenía que decir:

—Pipe, por favor perdóname. Sé que has estado muy triste por abue. Yo también lo estoy, muchísimo. He estado tan metido dentro de mi propia cabeza... Con lo que pasó con Ximena, y luego abue. Simplemente no supe qué hacer. No he estado para ti y he sido cruel. Eres mi hermanito; te amo Pipe, prometo que voy a intentar estar para ti siempre de ahora en adelante, como antes.

Eduardo rompió en llanto y abrazó a su hermano. Felipe también empezó a llorar y lo abrazó de vuelta.

—Lo extraño mucho, Edu. Vivir es muy difícil... —le dijo a su hermano mayor entre lágrimas.

Eduardo lo tomó en sus brazos y lo miró, con las lágrimas aún frescas en las mejillas.

—Lo sé, sé que es muy difícil, pero estamos juntos. Lo prometo —le dijo a Felipe mientras le limpiaba las lágrimas.

Felipe imitó el gesto y también empezó a limpiar las lágrimas en el rostro de su hermano.

—¿Tenemos que vivir, Edu? ¿Aunque duela tanto? —preguntó, intentando calmarse.

Eduardo pensó un momento.

—En la vida siempre hay dolor, sí. Pero podemos combatirlo.

—¿Cómo? —replicó el niño.

—Con amor —respondió—. Y también arte.

Eduardo se puso de pie, sacó rápidamente una tornamesa vieja que tenía Julio y vio varios discos de vinilo apilados en una esquina. Tomó uno de ellos, el primer disco que los Beatles publicaron, en 1963, cuando abue Julio era casi tan joven como él. Conectó la tornamesa, puso el disco y le dejó caer suavemente la aguja en la esquina. La música comenzó a sonar, llenando la casa de ritmo. Felipe miró a Eduardo, curioso, mientras él sonreía y empezaba a mover los pies, los brazos y la cadera. Felipe sonrió, limpió las últimas lágrimas de su cara y empezó a bailar. Eduardo se acercó y ambos comenzaron a bailar y reír, como si la música limpiara sus tristezas.

Al cabo de pocos minutos, mamá y papá se despertaron por la música y fueron a averiguar qué era lo que ocurría en el cuarto de Julio. Al ver a los chicos bailando, ambos sonrieron y empezaron a bailar también. La tristeza de mamá, por un instante, no existía. Papá la sujetó de la cintura y le recordó el momento en que bailaron esa misma canción alegre en su boda. Al cabo de no mucho tiempo, los adultos tuvieron que irse a trabajar. Felipe y Eduardo siguieron bailando hasta que estuvieron exhaustos. Entonces, ambos se sentaron en el suelo, uno al lado del otro.

Felipe reflexionó al lado de su hermano. Pensó en el “Mê-ón”, el no ser, y la posibilidad de nunca tener que sufrir. Para él, eso era imposible desde el momento de su nacimiento. Sin embargo, aunque Felipe no podía simplemente no ser, sí podía salvar a un no ser de ser. Él no podía volverse como el Meón, pero sí podía salvarlo. El no ser no tiene que ser, nadie tiene que nacer. Fue entonces que el niño rompió el silencio.

—Edu —dijo.

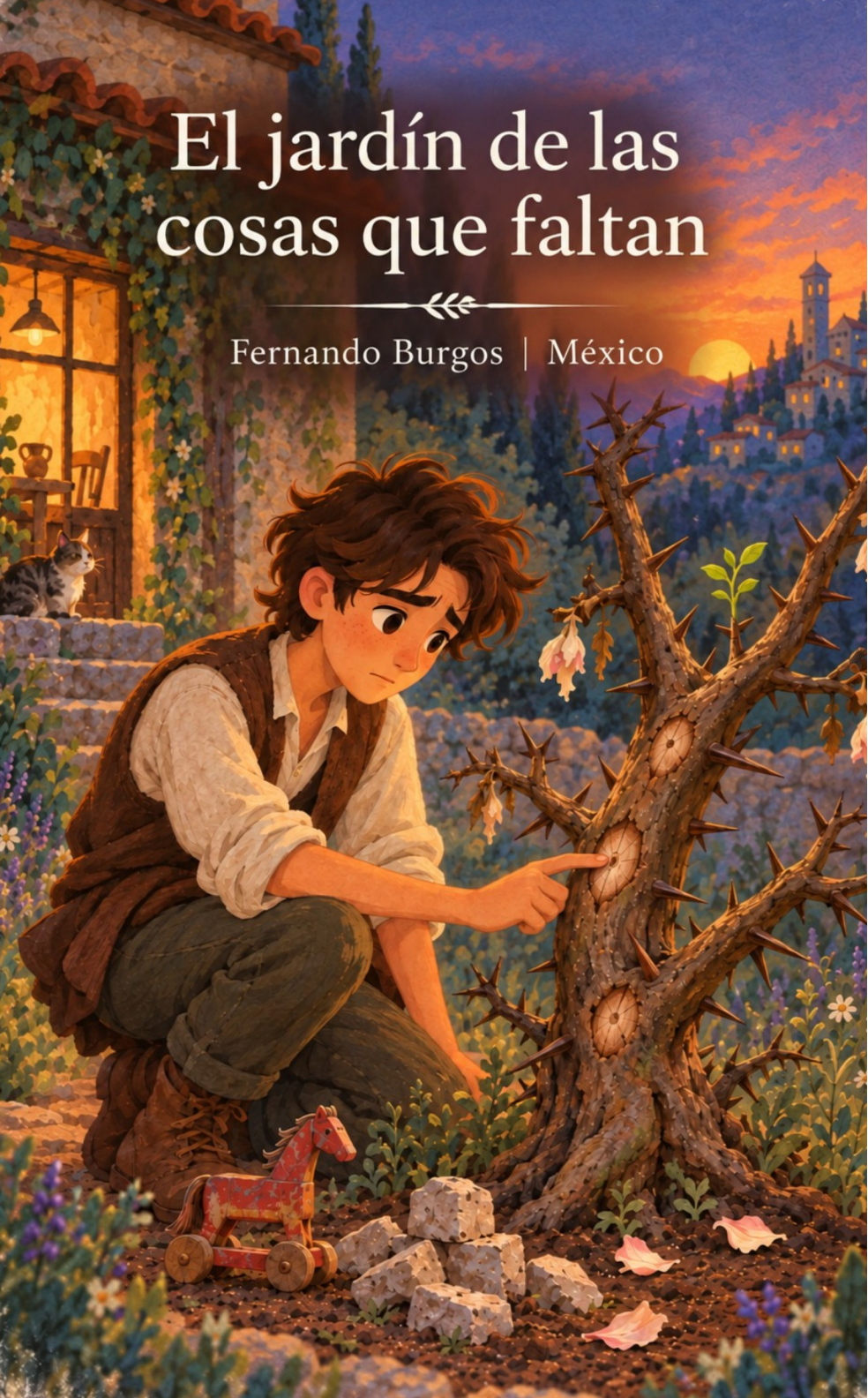
—¿Sí? —respondió Eduardo.

—Creo que no quiero tener hijos —sentenció.

Eduardo guardó silencio. Miró a su hermanito con un destello de orgullo en los ojos, y solo asintió con la cabeza.

El jardín de las cosas que faltan

Fernando Burgos | México





En Valdemora, cuando nacía un niño, se enterraba una semilla. La costumbre era tan antigua que nadie sabía quién había plantado la primera. La abuela de Simón decía que las semillas estaban allí desde antes que el pueblo.

—Tal vez nosotros llegamos después —decía.

A Simón esa respuesta le gustaba. Imaginaba las semillas esperando bajo la tierra durante cientos de años, dormidas, hasta que alguien construyera una casa encima y tuviera un hijo.

La súa fue enterrada junto a la ventana de la cocina.

Su padre cavó el agujero. Su madre depositó la semilla y la cubrió con ambas manos. El abuelo Tomás, que había llegado esa mañana desde el otro extremo del pueblo, vertió sobre la tierra medio vaso de agua.

—No tanta —dijo la madre.

—Las cosas que empiezan siempre tienen sed —respondió él.

Durante varios meses no ocurrió nada.

Luego apareció un tallo.

Era tan delgado que el viento lo doblaba.

La madre llevaba a Simón en brazos cuando lo descubrió.

—Mira —le dijo—. Ya saliste.

Simón todavía no entendía las palabras.

La planta creció con él.

Durante los primeros años sólo tuvo hojas.

La primera espina apareció cuando Simón tenía tres años.

Había visto en el mercado un caballo de madera pintado de rojo. Tenía cuatro ruedas pequeñas y una cuerda atada al cuello. Cuando el vendedor tiraba de ella, el caballo avanzaba dando saltitos sobre los adoquines.

Simón se quedó mirándolo

Después lo pidió.

Lo pidió mientras volvían a casa.

Lo pidió durante la comida.

Lo pidió antes de dormir.

A la mañana siguiente, su padre lo encontró agachado frente a la planta.

—¿Qué haces?

Simón señaló una punta diminuta que había brotado del tallo.

—Me picó.

El padre sonrió.

—Ya empezó.

—¿Qué?

—Tu jardín.

Simón no entendió.

Dos semanas después, su padre regresó del trabajo con las manos escondidas detrás de la espalda.

El caballo rojo apareció entre ellas.

Simón gritó.

Lo arrastró por toda la casa. Lo hizo correr debajo de la mesa, trepar montañas de almohadas y perseguir al gato hasta que su madre amenazó con quitarle la cuerda.

Aquella tarde salió al jardín.

Junto a la espina había nacido una flor roja.

Era pequeña y tenía cinco pétalos.

Simón quiso arrancarla.

—Déjala —dijo su madre desde la ventana.

—Es mía.

—Precisamente.

Al día siguiente, la flor comenzó a inclinarse.

Dos días después cayó.

El caballo rojo duró algo más.

Al cabo de unas semanas quedó debajo de la cama.

Simón había visto en la casa de su primo una caja de soldados de madera.

Aquella mañana apareció otra espina.

* * *

Cuando cumplió cinco años, Simón sabía ya que cada deseo dejaba algo en la planta.

No necesitaba preguntárselo a nadie.

Quiso una bicicleta.

Una espina.

Quiso que la maestra lo escogiera para recitar en la fiesta de primavera.

Otra.

Quiso que Clara Montes se sentara junto a él.

Otra.

Quiso no tener pecas.

Otra.

Algunas veces, entre las puntas, aparecían flores.

Ninguna duraba demasiado.

Un domingo, el abuelo Tomás fue a visitarlos.

Llevaba en los bolsillos tres canicas, una navaja sin filo y un puñado de caramelos de anís que siempre fingía haber encontrado por casualidad.

Después de comer, llevó a Simón al jardín.

—Vamos a hacer una torre.

Recogieron piedras junto al muro.

El abuelo colocaba las grandes abajo y Simón insistía en poner las pequeñas en lugares imposibles.

La torre cayó una vez.

Luego dos.

A la tercera, el abuelo se echó a reír tan fuerte que tuvo que sentarse en el suelo.

Cuando comenzó a oscurecer, se levantó y se sacudió los pantalones.

—Me voy.

—No.

—Ya es tarde.

—Otro ratito.

El abuelo miró hacia la casa.

La madre de Simón recogía los platos detrás de la ventana.

—Un ratito —dijo.

Volvió a sentarse.

La cuarta torre quedó en pie.

Aquella noche apareció una flor cerca del tronco.

Simón creyó que era azul.

Durante muchos años estuvo seguro de que había sido azul.

Después dejó de estarlo.

* * *

Las plantas de Valdemora hablaban de sus dueños aunque nadie pronunciara una palabra.

La señora Amelia, que vivía sola desde que murió su marido, tenía un arbusto cubierto de espinas pálidas.

La planta del maestro Ramiro trepaba por la pared trasera de su casa y había alcanzado la ventana del dormitorio.

La del alcalde ocupaba casi todo su jardín.

Tres hombres acudían cada semana a podarla.

Durante una fiesta municipal, Simón se acercó a verla.

Las ramas se cruzaban unas con otras hasta formar una pared.

Había espinas largas como dedos.

Entre ellas se distinguían algunas flores.

Muy pocas.

—Debe de querer muchas cosas —dijo Simón.

Su padre tenía una copa de vino en la mano.

—Todos queremos muchas cosas.

—Pero él tiene una casa enorme.

—Sí.

—Y dos coches.

—Sí.

—Y todo el mundo sabe quién es.

—También.

Simón miró otra vez aquella planta desmesurada.

—¿Entonces qué le falta?

El padre bebió un poco.

—Eso sólo lo sabe él.

Simón volvió la cabeza hacia el alcalde.

Estaba rodeado de personas que reían demasiado fuerte.

Por alguna razón, no quiso preguntarle.

* * *

A los diecisiete años conoció a Irene.

La primera espina relacionada con ella fue tan fina que Simón apenas pudo verla.

Apareció después de que hablaran durante casi una hora junto a la puerta de la escuela.

Cuando Irene tomó su mano por primera vez, brotó una flor blanca.

Duró doce días.

Luego Simón quiso que lo besara.

Después quiso que lo quisiera.

Después quiso que lo quisiera de una forma precisa, que él mismo no habría sabido explicar.

Quiso que contestara pronto sus mensajes.

Quiso no preguntarse con quién estaba cuando tardaba.

Quiso no sentir aquella punzada absurda cuando Irene reía con otros.

Cada mañana encontraba algo nuevo en la planta.

Una hoja.

Una flor.

Más frecuentemente, una espina.

Cuando Irene terminó con él, Simón pasó tres días sin salir al jardín.

El cuarto, encontró una rama nueva.

Estaba cubierta de puntas.

Tomó unas tijeras.

Su abuela apareció detrás de él antes de que cortara la primera.

—¿Qué vas a hacer?

—Quitarlas.

—¿Para qué?

—Para no verlas.

—Ah.

La anciana se sentó en una silla junto al muro.

Simón dejó las tijeras en el suelo.

—Quiero dejar de querer cosas.

La abuela se acomodó el vestido sobre las rodillas.

—Eso también parece un deseo.

Simón la miró con fastidio.

—Entonces no hay forma.

—¿Forma de qué?

No supo responder.

La abuela permaneció un rato observando la planta.

—Ven —dijo al fin.

Lo llevó hasta su propia casa.

Su jardín estaba detrás de una puerta de madera que Simón había atravesado cientos de veces sin prestarle demasiada atención.

La planta de la abuela era un árbol.

El tronco estaba torcido.

Las ramas se extendían sobre buena parte del patio y algunas habían tenido que ser sostenidas con postes.

Había miles de espinas.

También cicatrices donde alguna vez habían crecido flores.

Simón levantó la vista.

—¿Todo eso lo quisiste tú?

—Supongo.

—¿Y no te cansaste?

La abuela tocó una de las ramas.

—Muchísimo.

No añadió nada.

* * *

Años después, Simón dejó Valdemora.

Estudió en la ciudad.

Encontró trabajo.

Luego otro mejor.

Aprendió a usar camisas que necesitaban plancha y a decir frases como «la próxima semana lo vemos» mientras miraba un reloj.

Durante un tiempo creyó haber descubierto el secreto.

Cuando quería algo, trataba de conseguirlo cuanto antes.

Una motocicleta.

Un apartamento más grande.

Un sueldo mayor.

Un puesto con una puerta que pudiera cerrarse.

Cada logro producía una flor.

Las primeras aún le sorprendieron.

Fotografiaba la planta cuando regresaba a Valdemora y preguntaba a su madre cuánto habían durado.

—Ésta tres días.

—La anterior cinco.

—La amarilla apenas una noche.

Con el tiempo dejaron de vivir tanto.

Después del primer ascenso apareció una flor grande, anaranjada, que sobrevivió cuatro días.

El siguiente ascenso produjo una más pequeña.

Cuando lo nombraron responsable de toda una sección, telefoneó a su madre.

—¿Salió?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Bonita.

—Voy el sábado.

Cuando llegó, los pétalos estaban sobre la tierra.

A cambio encontró tres espinas nuevas.

Una por el puesto siguiente.

Otra por el dinero.

La tercera tardó más en reconocerla.

Era la más larga.

Temía perder lo que ya tenía.

* * *

Regresó a Valdemora a los treinta y dos años.

Su padre estaba más delgado.

Su madre necesitaba ambas manos para levantarse de las sillas bajas.

La casa de la abuela permanecía cerrada.

Había muerto el invierno anterior.

Simón entró al jardín.

El árbol seguía allí.

Seco.

El viento movía algunas ramas y las espinas se rozaban entre sí, produciendo un sonido parecido al de unas agujas.

No quedaba ninguna flor.

—¿Qué hacemos con las plantas cuando alguien muere? — preguntó a su madre.

—Nada.

—¿Las dejan así?

—Sí.

—¿Por qué?

La madre lo miró como si no entendiera la pregunta.

Simón volvió al árbol.

Pensó en las cosas que su abuela pudo haber querido.

Que sus hijos no enfermaran.
Que alcanzara el dinero.
Que alguien regresara.
Que alguien se quedara.
Tal vez algunas de aquellas espinas llevaban su nombre.
No quiso seguir pensando.

* * *

Durante aquel invierno comenzó su segundo experimento.
Decidió no querer nada.
Vendió algunas cosas.
Rechazó dos ofertas de trabajo.
Dejó de hacer planes demasiado largos.
Si alguien le preguntaba qué esperaba del año siguiente,
contestaba:
—Nada en particular.
Intentaba comer sin escoger.
Caminar sin destino.
No comprar aquello que le gustaba.
No desear que los demás pensaran bien de él.
Durante varias semanas estuvo satisfecho.
La satisfacción lo preocupó.
Una mañana encontró una espina nueva.
La observó durante largo rato.
No encontraba ninguna razón.
Volvió a entrar en casa.
Su padre tosía en la cocina.
Entonces comprendió.
Quería que dejara de toser.
Dos días después apareció otra.
Su madre había comenzado a quejarse de las rodillas.
Otra.
Una noche soñó con Irene.

Al despertar quiso saber dónde vivía.

Otra.

Simón comenzó a enfadarse con la planta.

Una madrugada salió con las tijeras.

Cortó una rama.

Luego otra.

Continuó hasta que los brazos comenzaron a dolerle.

Cuando terminó, hojas, tallos y espinas cubrían la tierra.

La planta parecía un animal descarnado.

Simón respiró profundamente.

Por primera vez en años pudo ver el muro que había detrás.

A la mañana siguiente, una rama verde había brotado junto al tronco.

En la punta tenía una espina diminuta.

Simón supo inmediatamente de dónde provenía.

Había deseado que dejaran de crecer.

* * *

Fue por entonces cuando oyó hablar del jardín de la colina.

La casa estaba al norte de Valdemora, detrás de un terreno que los niños llamaban La Espalda del Muerto.

Nadie vivía allí desde hacía décadas.

Un anciano que solía sentarse afuera de la panadería mencionó la planta.

—No tiene espinas.

Simón pensó que no había oído bien.

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—Eso no existe.

El anciano mordió un pedazo de pan.

—Ve a verla.

Al día siguiente, Simón cruzó la colina.

La casa apareció detrás de unos árboles, inclinada hacia un costado como si estuviera c

Parte del tejado se había derrumbado.
La cerca yacía sobre la hierba.
Tuvo que apartar las zarzas para entrar al patio.
La encontró junto a una pared.
Era una planta pequeña.
No llegaba a sus rodillas.
Tenía hojas verdes.
Un tallo limpio.
Simón se agachó.
Pasó los dedos cuidadosamente por las ramas.
Nada.
Buscó cicatrices.
No encontró.
Ni una sola espina.
Tampoco flores.
Volvió al día siguiente.
Y al siguiente.
La planta seguía igual.
Sintió una envidia que le avergonzó.
Quería conocer a la persona que había conseguido aquello.
Preguntó en el pueblo.
Nadie sabía.
Finalmente fue al archivo municipal.
El encargado sacó varios libros cubiertos de polvo.
La casa había pertenecido a Esteban y Luisa Valcárcel.
—¿Tuvieron hijos?
El hombre recorrió una página amarillenta.
—Una niña.
—¿Cómo se llamaba?
El encargado acercó el documento a la ventana.
—No aparece nombre.
—¿Se marchó?

Pasaron otras páginas.

Después una más.

El hombre dejó el dedo sobre una línea.

—Murió.

Simón esperó.

—¿Cuándo?

—El día que nació.

El encargado siguió hablando.

Dijo algo acerca de la costumbre antigua de enterrar las semillas antes del parto.

Simón apenas lo escuchó.

Regresó a la casa.

Se sentó frente a la planta.

El sol se desplazó lentamente por la pared.

Las hojas parecían perfectas.

Ni una herida.

Ni una cicatriz.

Ni una flor.

Simón permaneció allí hasta que comenzó a hacer frío.

* * *

Esa noche soñó con un jardín.

No había plantas.

Ni árboles.

Ni flores.

Ni espinas.

Sólo tierra lisa.

La extensión parecía no terminar nunca.

Al principio sintió alivio.

Después quiso encontrar algo que mirar.

No había nada.

* * *

Su padre murió dos años m

No fue una muerte particularmente terrible.
Tampoco tuvo nada de hermosa.
Por la mañana estaba sentado junto a la ventana.
Por la tarde ya no respiraba.
Simón permaneció junto al cuerpo hasta que llegaron los
hombres que debían llevárselo.
Después salió al jardín.
Habían aparecido tantas espinas nuevas que algunas ramas se
inclinaban bajo su peso.
No tomó las tijeras.
Se sentó en la tierra.
Quería volver a escuchar la voz de su padre.
Una espina.
Quería hacerle una pregunta que nunca había hecho.
Otra.
Quería contarle algo.
Otra.
Quería recuperar una mañana cualquiera en la que los dos
hubieran desayunado sin saber que aquella mañana,
precisamente por ser cualquiera, algún día sería imposible.
Otra.
Quería no haber pasado tantos años lejos.
Otra.
Durante semanas continuaron apareciendo.
Simón dejó de contarlas.

* * *

Una tarde de primavera encontró una pequeña cicatriz cerca del
tronco.
La tocó.
No sabía por qué le resultaba familiar.
Pensó primero en el caballo rojo.
Después en Irene.

Después en alguna de las cosas que había comprado durante sus años en la ciudad.

Ninguna.

Cerró los ojos.

Entonces recordó unas piedras.

El abuelo Tomás estaba sentado en el suelo.

La torre se había derrumbado.

Se reía.

Simón volvió a escuchar aquella risa con una claridad que lo sorprendió.

—Otro ratito.

Recordó haberlo dicho.

Recordó al abuelo mirando hacia la ventana.

Recordó que volvió a sentarse.

La cuarta torre quedó en pie.

Aquella noche había nacido una flor.

¿Azul?

Quizá.

Tal vez blanca.

Tal vez su memoria había inventado el color mucho después.

La flor había muerto.

El abuelo también.

La torre seguramente había desaparecido con la primera lluvia.

Simón apoyó un dedo sobre la cicatriz.

Una espina cercana le abrió la piel.

La gota de sangre creció lentamente.

Pensó en la casa de la colina.

En aquella planta pequeña y perfecta.

En todo lo que jamás había perdido.

En todo lo que jamás había tenido que perder.

Miró su propia planta.

Espinas.

Ramas cortadas.

Flores desaparecidas.

Cicatrices.

Algunos brotes nuevos.

El viento hizo temblar las hojas.

Simón deseó comprender.

Junto a su mano comenzó a levantarse una punta verde.

La observó abrirse lentamente.

No intentó cortarla.

Tampoco sonrió.

Se quedó allí mientras la tarde se apagaba, con un dedo apoyado sobre el lugar donde alguna vez había existido una flor.

Y no supo si habría preferido que la planta jamás hubiese brotado.



21 de septiembre de 2026

